

ALAR BENET



LOS ANGELES NEGROS



Soy un *cold turkey* encerrado en la «lata de conservas» de la penitenciaría de Trenton. ¿Mi condena? Diez años. Continúan instruyendo sumarios contra mí. A juzgar por la primera sentencia tendré que cumplir unos trescientos cuarenta y ocho años de presidio, aproximadamente.

—¡No me lo harán!

Sería el Matusalén carcelario. Un personaje famoso. Hasta quizá pudiera escribir mis memorias.

Las memorias de un delincuente fino, que después de vulnerar todas las leyes, va a vivir a perpetuidad por cuenta del Estado sin asomarse a ese cuartito pequeño donde hay una silla con abrazaderas metálicas.

Estafas, violencias, tráfico de drogas… Toda una serie de actos piadosos. Sin sangre.

Al menos, sangre que echarme a la cara. Eso dice mi expediente.



Alar Benet

Los ángeles negros

Bolsilibros - Servicio Secreto - 929

ePub r1.0
LDS 08.01.18

Título original: *Los ángeles negros*
Alar Benet, 1968
Cubierta: Desilo
Ilustración interior: Altamira
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO





CAPÍTULO PRIMERO

Soy un *cold turkey* encerrado en la «lata de conservas» de la penitenciaría de Trenton. ¿Mi condena? Diez años. Continúan instruyendo sumarios contra mí. A juzgar por la primera sentencia tendré que cumplir unos trescientos cuarenta y ocho años de presidio, aproximadamente.

—¡No me lo harán!

Sería el Matusalén carcelario. Un personaje famoso. Hasta quizá pudiera escribir mis memorias.

Las memorias de un delincuente fino, que después de vulnerar todas las leyes, va a vivir a perpetuidad por cuenta del Estado sin asomarse a ese cuartito pequeño donde hay una silla con abrazaderas metálicas.

Estafas, violencias, tráfico de drogas… Toda una serie de actos piadosos. Sin sangre.

Al menos, sangre que echarme a la cara. Eso dice mi expediente.

Mis compañeros me respetan. Me admiran. Soy su modelo. Me siento orgulloso.

Fui tan hábil como para cometer mis delitos en un solo Estado. Por ello no me sacarán de esta cárcel, coquetona y tal, hasta que no se resuelvan los demás procesos. Calculo que, a juzgar por el papeleo, permaneceré aquí veinte o treinta años. Bueno. Es un decir.

En los presidios formales se suele vivir incómodamente. En régimen de provisionalidad, hasta el traslado definitivo, no se vegeta mal.

El juez quiere tenerme a mano.

Mientras comemos, en la gran sala inmediata a la cocina, en las galerías del piso bajo, giro la mirada en torno mío.

Somos doscientos cuatro hombres, sin contar los cinco que esperan sentarse en la «silla caliente», a los que llevan un menú especial a las celdas.

Como a los pavos en Navidad, les engordan para que el asado sea perfecto.

Los guardianes, unos angelitos provistos de pistolas y porras de dura fibra, con alambre en el interior, pasan y repasan entre nosotros, en la rutina de la vigilancia.

Hay uno, Leo Sanderson, que no se me aparta más de diez metros. Me tiene ojeriza. Tal vez celos porque soy más guapo y más famoso que él y porque le di un masaje inolvidable en el rostro y en el hígado. Son mis lugares predilectos para acariciar al prójimo.

Me puso la zancadilla al entrar en la celda y me revolví contra él.

Su compañero tardó dos minutos en auxiliarle y otros tres en dejarme sin sentido de una caricia en la nuca, pero ese tiempo me bastó para que llevaran a Sanderson en camilla a la enfermería.

Pasé un mes en la celda de castigo, un agujero infecto, sin ventilación ni apenas comida.

Hice cura de adelgazamiento.

Perdí doce kilos.

Se lo recomiendo a las personas obesas, a las que no saben qué hacer con su grasa.

Sacudan a un polizonte y… Bueno. No sigan mis consejos, a no ser que les guste sentir cómo las ratas le saltan sobre el rostro.

¡Ah! Si padecen reuma quédense con su tocino. Es mejor que chapotear en el agua que, envuelta en lodo, recubre el suelo en el que, sin colchones ni mantas, deben acostarse.

El vapuleo a Sanderson me ganó un puesto de honor en el corazón de la maravillosa familia de la penitenciaría.

Este guardia es un híbrido de sapo sexagenario y cuervo de campo de concentración japonés. Mató a su madre al nacer y al padre tuvieron que ponerle una camisa de fuerza. Después, reventó de asco.

Yo, al partirle la nariz y hacerle profundas heridas en las cejas, le dejé más feo a perpetuidad, lo que no parecía posible. Ahora se queja de no sé qué hepático. Yo le he sugerido en varias ocasiones que cuando se muera deje su hígado al Gobierno.

Si lo trituran y lo pulverizan a tres mil metros de altura acabará con todo bicho viviente en el planeta. Peor que un billón de bombas atómicas. Si lo convierten en *foie-gras* y lo sirven en un banquete, reventará hasta el anfitrión, aunque no lo pruebe. Sólo con el olor nauseabundo.

¡Ah! Leo Sanderson no se lava los pies. Ni nada. Apesta a cloaca desde once millas de distancia.

Sólo se escuchan los pasos de los que nos vigilan y el ruido de las cucharas metálicas al tropezar en el fondo de los platos de aluminio, en una vana búsqueda entre el agua sucia de un trozo de patata llena de puntos negros o de un gusano gordo y reluciente de los que hay en los tres kilos de coles que echan a cocer para todos nosotros.

Oigo frente a mí, en voz que es un susurro:

—¡Maldita bazofia!

Veo por el rostro del que hizo el comentario que está a punto de estallar.

Es Wallace Coburn, un «destripacajas de caudales», así, todo seguido, de primera magnitud.

El, por su oficio, rentable pero con quiebras, como la de ahora, es un señorito. Le cogieron cuando se embolsaba veinte de los grandes en unas oficinas de transporte.

¡Tuvo mala suerte!

Es un individuo alto, delgado, de manos muy finas. ¡Eso lo da el oficio! No ha cumplido aún los cuarenta… ¡Tenía un bello porvenir! ¡Lástima que se lo hayan truncado por cinco años, si lleva buena conducta!

A su izquierda, y frente a mí, se encuentra Simón Banegat, «el Pastor», escurridizo como una anguila que se pretendiera apresar en un mar de jabón, peligroso igual que un puma. Dos metros de estatura, piel sobre los huesos y unos ojos brillantes, que parecen encendidos en fiebre, son sus notas más características. El óvalo de su rostro es largo.

Se dice en el cotilleo de la cárcel que fue un hombre de religión, pero él elude siempre el diálogo sobre su pasado.

Es el más inteligente de cuantos conviven conmigo en la celda, para cuatro, que disfrutamos. Wallace Coburn es el segundo. El

cuarteto le completa Ernest Raisner, un fulano universitario pero con debilidad para con las menores y un atisbo de esquizofrenia que le convierte en violador de quienes se le resisten.

Sus accesos de furor son terribles. En dos ocasiones «el Pastor» tuvo que sacudirle duro para dominarle.

No está en el manicomio porque el fiscal se las ingenió para conseguir que los informes siquiátricos no fueran concluyentes. Así pudo cargarle a las espaldas quince años por seis delitos, en uno de los cuales una chiquilla, brutalmente atropellada, estuvo a punto de morir.

Raisner es taciturno y apenas habla. Aún no ha cumplido los veintitrés años.

Wallace Coburn gusta de provocarle de forma indirecta, ya que basta pronunciar la palabra «mujer» para que las aletas de la nariz de este sátiro se distiendan y le empiezan a temblar las manos. Si se ahonda más en el tema de las féminas se sienta en uno de los rincones de la celda, en el suelo, y empieza a temblar como un poseso.

Es un espectáculo poco edificante. Palabra de presidiario.

Leo Sanderson lleva un rato a mi espalda. Sin duda creyó oír algo y espera a que el comentario se repita para lanzarse contra el que lo profirió. Si resulto ser yo, tanto mejor.

Durante diez días tenemos impuesto el castigo de silencio en el comedor a causa de haber arrojado el rancho al suelo y negamos a ingerirlo.

Fue un acto de justicia. Que conste. Se nos dio puré de serrín cocinado con sebo.

Los muchachos que se ocupaban de la limpieza tardaron horas en arrancar la pasta infecta con estropajos de aluminio.

La amenaza, que cumplirán, es de una semana de celda de castigo al que pronuncie una palabra.

Callamos todos por no dar a Sanderson el gusto de encerramos en el agujero.

Sólo por eso.

El ruido de las cucharas en el aluminio se va haciendo más fuerte. Todos nos hemos puesto de acuerdo en el acto. Bastó con que media docena de «huéspedes» iniciaran el concierto para que los demás les secundáramos.

Pronto, el ruido es infernal. Algunos salpican con el calducho a los más próximos. Nadie protesta.

Las cabezas están inclinadas. Comemos, con excesivo ímpetu quizá, en silencio.

Algunos, yo no porque tengo a la espalda a mi entrañable Leo, ríen.

Observo a los hombres que hay situados estratégicamente en los laterales del comedor, sobre plataformas. Todos esgrimen con firmeza las metralletas. Sus compañeros se han inmovilizado y esperan lo que imaginan es el principio de un plante, uno más.

Se saben fuertes, seguros.

El plan de combate es perfecto, fruto de un largo entrenamiento.

Unicamente hay seis guardianes entre los presidiarios. Los demás se han retirado a los extremos, con las armas dispuestas. La orden recibida de la dirección es sofocar los motines a cualquier costa, con mano dura.

A Leo, hoy, le corresponde el puesto de máximo peligro, junto al grupo más peligroso.

Le imagino con la tapa de la cartuchera suelta y la diestra rozando la culata del revólver de reglamento.

Las porras no sirven en situaciones de emergencia. Sólo la muerte de unos pocos contienen a los demás.

No. Hoy no habrá plante.

Unicamente nos divertiremos. A nuestro modo.

Se nos prohibió hablar pero no reímos.

Las carcajadas de Ernest Raisner son propias de un loco. El ruido le ha excitado hasta el paroxismo.

Sanderson rodea la mesa para aproximársele, pero en la otra punta del comedor alguien imita a nuestro compañero. Diez segundos después parecemos una jaula de locos.

¡Reímos!

Ya nadie se acuerda de las cucharas ni de los platos.

Unos se aprietan el vientre con ambas manos, otros están rojos. Todos nos contagiamos de la histeria colectiva.

El oficial que manda el grupo de carceleros hace sonar una y otra vez el silbato.

Soy el primero en ponerme en pie, obediente a la orden.

Los más próximos me imitan, sin dejar de reír, y se forman ocho

filas a ambos lados de las mesas.

He visto cómo «el Pastor» se guardaba una cuchara entre la carne y la camisa.

Nadie advertirá la falta hasta que se haga el recuento de cubiertos.

Banegat ha tomado, no la suya sino la de un fulano que no ha advertido la trampa que se le tendía.

Es un tipo atravesado que se cargó a un prójimo hace unos meses y está aquí en espera del juicio. No habla con nadie y adopta posturas de hombre importante.

Se trata de un farmacéutico con líos de faldas. Luchó contra un marido y… Bueno. El marido quedó en el suelo, estrangulado.

Así suele suceder en la vida. No basta tener razón. Es preciso fuerza para sostenerla.

Se considera superior a los hampones que le rodean… perdón, que le rodeamos, y con cada gesto nos perdona la existencia.

Las carcajadas siguen en aumento. Van cesando conforme las filas abandonan el comedor para, que en los pasillos, bien custodiados, ir a detenernos por grupos a las puertas de las celdas, que se abren automáticamente desde una rotonda que domina las galerías.

Se nos quitaron las ganas de juerga de golpe, lo que indica que se trató de una protesta y que maldita la gracia que nos hizo formularla. Algunos, pocos, sonríen al pensar en el pánico de los guardianes, pero pronto el hambre aprieta.

Entre las medidas disciplinarias a causa del plante del serrín, como le llamamos, la más dura fue la de no permitir el envío de víveres por familiares y amigos.

Simón Banegat, esconde la cuchara en un orificio que sólo nosotros conocemos y que nos es de utilidad: debajo de una baldosa que se ajusta perfectamente. Allí ocultamos las cosas más dispares. Desde media docena de proyectiles del 38 que nos llegaron dentro de un bote de conservas hasta seis cucharas, con los mangos tan afilados que son auténticos cuchillos, y una piedra de esmeril, ya muy gastada por el uso.

«El Pastor», siempre reservándonos un arma a cada uno de nosotros, vende las restantes, las cambia por víveres para ser más exacto.

De nuestro grupo, Wallace Coburn y Ernest Raisner reciben provisiones. Simón Banegat y yo nos podriríamos de asco a no ser porque la comida se reparte, como en las mejores familias.

Muchas veces me he preguntado quién puede ser la desdichada que se acuerde del indeseable de Raisner, pero éste guarda silencio. Nunca recibe visitas.

Coburn, sin embargo, tiene una amiga fiel que no le abandona y que viene a verle una vez al mes, sin descuidarse. Llevo aquí encerrado medio año y pude comprobarlo.

Cada vez que regresa a la celda sus ojos brillan con una luz nueva. A poco se encierra en un mutismo que en ocasiones le dura días enteros.

En realidad somos cuatro hombres poco habladores, lo que no resulta malo para un prójimo tan seriote como yo.

Me he tumbado en el petate, rumiando mis problemas, que son muchos. Oigo la voz de Ernest, tensa, nerviosa:

—Lo de] comedor estuvo bueno, ¿no os parece?

Simón Banegat gruñe algo ininteligible. Yo opino:

—Sí. Leo Sanderson estaba enfermo de rabia. Esta vez no pudo con nosotros.

—¡Se vengará!

Es Coburn el que lanza la afirmación, con voz bronca, amenazadora, que no presagia nada bueno para el futuro.

Llevo observándole muchas semanas. Este hombre, que ingresó en la cárcel por primera vez, no la soportará.

Tarde o temprano intentará algo a la desesperada. ¿El resultado? Una indigestión de plomo o un recargo en la condena.

—¿Tendremos paseo? —inquiero.

No. Nos lo comunican a través de los altavoces de las galerías y se nos amenaza con privamos de ese único rato de sol durante lo que resta de mes, dieciocho días justos, si se repite lo de la mañana.

Imagino que la advertencia surtirá efectos contrarios. El espíritu de rebeldía que nos mina a todos empieza a tener caracteres demenciales. La disciplina en la cárcel es excesiva.

Lo comprendo. Aquí no hay rateros de tres al cuarto, sino prójimos con agallas, a los que nada asusta. Los casos de auténtica provisionalidad penitenciaria están en la cárcel municipal. Ésta es la antesala del presidio definitivo y la disciplina es la misma. El no

existir campos de trabajo crea graves complicaciones pues significa mantener casi ociosos a seres rebeldes a quienes preocupa poco el mal trato incluyendo, en ese mal trato las celdas de castigo.

Interrumpe mis pensamientos la voz de uno de los guardianes desde el extremo del ventanillo.

—Robert Baker, el director te llama.

No me gusta la noticia, por cosas que ya sabrán más adelante.

Me incorporo del camastro mientras la puerta se abre.

—¿Va a darme un rancho extraordinario?

—¡Apresúrate!

Me vuelvo, calmoso, al terceto de angelitos negros.

—Pediré que autorice la entrada en nuestro agujero de unas cuantas chicas, una menor, a ser posible, para Raisner.

El aludido más directamente crispa el rostro. No le gusta la broma. Espero que lance una maldición, pero se limita a mostrarme los puños. No le temo. ¡Es un gusano! Salgo, siempre despacio, sin apresurarme, y camino delante del carcelero que, como por descuido, lleva la porra en la diestra y no colgando del cinturón.

Mi cerebro trabaja con vertiginosa rapidez. ¿Habrá habido alguna indiscreción?

—Aguarda aquí.

Hemos llegado, sin advertirlo, tan abstraído caminaba, al antedespacho de Richard Sangiusto, director de la cárcel. Es un hombre de origen italiano, de mirada vivaz y estatura media. Tiene una particularidad inquietante. Cuando habla jamás mira a sus interlocutores, pero sí lo hace en las respuestas que se le formulan.

Yo, que soy genial, único, extraordinario, «el no va más» en fulanos de pelo en pecho, he traducido semejante actitud como un «me importa poco lo que pienses de lo que yo te digo, pero quiero saber si eres sincero en la réplica».

No le considero un funcionario corrompido. Si acaso una máquina de cumplir órdenes.

Es astuto, delgado, como corresponde a un carácter inquieto que se esfuerza en dominarse.

Tiene úlcera de duodeno. El no me lo ha dicho, pero yo lo sé y, para comprobarlo y hacerle comprender que no se enfrenta a un cualquiera, apenas ante él, le pregunto:

—¿Qué tal ese estómago, jefe?

Me mira en silencio. Hay un frunce burlón en sus labios. Hace una seña para que salga el guardián que me condujo hasta allí.

—A la orden. Permaneceré fuera por si me necesita.

Es un modo como otro cualquiera de prevenir a Richard de mi peligrosidad.

El director espera a que nos quedemos solos.

—Siéntese, Baker —me dice.

—Estoy más cómodo así.

—¡Haga lo que le mando!

Es la tercera vez que me encuentro en presencia del «manda más» de la cárcel y sé cómo las gasta.

Obedezco.

Sangiusto es rígido para imponer disciplina. Tuvo razón al mandarme al agujero. Hice méritos más que suficientes para ello.

—Fume un cigarro.

Me tiende una caja de puros.

Enciendo uno. Por nada del mundo me privaría de un placer que llevo meses sin disfrutar. Después de hacerlo comento, burlón:

—¿Qué pensarán los funcionarios si me ven así, con usted, casi de igual a igual?

—No pensarán nada porque he dado orden de que no se nos moleste. Además, los que obedecen no deben tener más inteligencia que la precisa para cumplir lo que se les manda.

¡Brava teoría!

Aspiro el humo con deleite, dejando que me sature a fondo los pulmones.

Guardo silencio. ¿Habrá habido una indiscreción de…?

—La úlcera me juega malas pasadas, Baker.

Es la respuesta a mi pregunta anterior.

En su cuadriculado cerebro debe haber un espacio para todo. Tuvo que contestarme para vaciar el sitio que dedicó a mis primeras palabras.

—Mala cosa, jefe. ¿Por qué no la envía a la celda de castigo? Tal vez allí se someta y cicatrice.

—Sí. Debiera hacerlo. Se la debo a la cárcel. Mi herida en el estómago tiene uniforme de presidiario. Veamos, Robert. Usted no es como los otros.

—¿Me considera un angelito?

—Tiene más cultura, mejor preparación. Le he seguido el juego desde que entró. Quiso hacerse respetar. Ya lo ha conseguido. Ahora debe vivir mejor que los demás.

Me envaro.

—¿Cómo?

Mi interlocutor hunde la barbilla en el pecho, meditativo. Deja que transcurran unos minutos, quizá para intrigarme, y habla, muy despacio, midiendo mucho cada una de las palabras.

—Verá. Salvo los vigilantes, todo el personal de esta cárcel se extrae de entre los reclusos. Es una vieja norma, que no comparto, al menos en algunos cargos.

Aguarda un poco, en espera de que yo conteste.

Respiro con alivio y no le defraudo.

—Sus jefes no se fían de la gente de la calle. ¡Hay tanto malo por el mundo!

Richard, que me ha mirado mientras yo hablaba, sonríe y de nuevo desvía sus ojos de los míos.

—Sí. Quizá. Me confirmo en la idea de que puede ser un valioso colaborador. Le enumeraré primero las ventajas. Celda independiente o con el compañero que elija. Comerá aparte, un rancho mejorado. Dispondrá de libertad para caminar por las dependencias administrativas, con acceso a la biblioteca y…

—La letra impresa me da alergia, jefe —comento.

Como si no le hubiese interrumpido, Sangiusto prosigue:

—… paseos dos veces en el día. Los vigilantes tendrán órdenes menos rigurosas para con usted y procuraré que se le acorte en un tercio la condena si se hace merecedor de ello. ¡Ah! De vez en cuando dejaré abierta la caja de tabaco y sin contar los puros. ¿Qué le parece?

La propuesta es tentadora. Un auténtico momio para un presidiario. Pese a ello…

Tomo el cigarro que fumo con la diestra y lo aplasto, por el lado de la lumbre, contra la tarima de la mesa. Chisporrotea el barniz y dejo convertido el habano en una coliflor reventada.

Me pongo en pie.

—¿Algo más, don úlcera de duodeno? ¿Piensa comprar mi independencia por un puñado de lentejas, convertirme ante mis compañeros, que me importan más que usted, en uno de los que le

lamen los zancajos? No. Gracias.

Me mira, como si me hubiese vuelto loco. No comprende mi actitud. Le noto al borde de la explosión.

—Está usted provocando, sin saberlo, excelentísimo señor director, un brote de religiosidad en la cárcel. Hace más que el capellán y que todos los padres misioneros reunidos. ¿Sabe cómo?

Su mirada me taladra. Conozco lo que su gesto me augura pero, insensato, prosigo:

—Gente que nunca rezó ni se acordó de que existiera algo más que una rubia, un frasco de *whisky* y un puñado de cartas, marcadas mejor que de las otras, se arrodillan día y noche, en plegarias que a veces son colectivas, implorando del cielo una perforación de estómago para el amadísimo rey del puré de serrín, ángel de las celdas de castigo, gobernador del poco sol de que disfrutamos y del que se nos priva con el menor pretexto, príncipe de nuestra correspondencia, que nos retiene junto con los paquetes de víveres sin los cuales nadie sobreviviría en esta pocilga. ¿Le interesan mis palabras?

—Me conmueven. ¿Terminó ya?

—Me queda un minuto. Tal vez le guste saber lo que escuché ayer de labios de un amigo, que por error del juez permanecerá unos años de huésped del Gobierno. Pedía, claro está, la perforación, pero en un bote pesquero, en alta mar, a diez días de la clínica más próxima. Otro de los presentes le corrigió para añadir que si además se le declaraba un cólico miserere y un pneumotórax espontáneo sería mejor. Acordaron entre los dos transmitir la consigna a los demás. Hoy los rezos se multiplicarán.

Richard Sangiusto se ha incorporado con violencia. Está al borde de un ataque.

Yo cuelgo mis pulgares en el cinturón y me balanceo delante de él, riéndome en sus barbas.

Se me acerca. Cuando termina de rodear la mesa le prevengo:

—¡Cuidado, director! Está solo conmigo. Si roza mis andrajos, antes de que acudan en su auxilio le habré roto el esqueleto por diez o doce sitios. De todas formas, le doy la oportunidad de que cambiemos unos golpes.

Se inmoviliza. Da un puñetazo sobre el timbre y entra Leo Sanderson, mi enternecedor amigo, y Frederick Clark, quienes me

flanquean y esperan órdenes, que no tardan en producirse:

—¡Al agujero con él! Una vez dentro, como tardará meses, quizá años en salir, no importa que tropiece con las paredes y se haga daño. ¿Comprendido?

¡Ah! ¡Amigos lectores! ¡Si pudieran ver el rostro feliz, satisfecho, enternecedor, de los guardianes! A Leo Sanderson se le cae la baba mirándome. Los ojos de Frederick Clark brillan tan peligrosamente que preferiría hallarme ante una docena de leopardos hambrientos que al lado de mis amigos de uniforme, porra y pistola.

Es Leo quien contesta, después de unos segundos de indecisión. Tanto placer le ha producido la noticia que le costó más trabajo rehacerse que si le hubiesen comunicado que era heredero de un billón de dólares.

—Por completo, señor director.

—¡Se llama don úlcera de duodeno, Sanderson! Sea más respetuoso con la jerarquía.

Espero el golpe, que se produce. He arqueado el cuerpo y la porra de goma encuentra más el vacío que mi estómago. Sin embargo, duele.

No me resisto. Necesito darles la impresión de que no me defenderé.

Por otra parte, no debo suicidarme. Sé que Clark acaricia la culata de la pistola dispuesto a pegarme con ella en la nuca a la menor señal de peligro.

—¡Lleváosle!

Leo, enternecedoramente, me clava el cañón de su revólver en el costado.

—¡No sucederá como la otra vez! El Reglamento nos autoriza a defendemos con las armas. No lo olvides.

Sonrío por dentro y me muestro igual que un cordero después de muerto.

—Sé cuándo me toca perder.

Ya en la puerta, nos detenemos. El máximo preboste de la penitenciaría vuelve a hablar.

—No me enteraré si os pasáis de la raya. Es muy díscolo. Diremos que padeció un ataque de furia si alguien nos lo pregunta, que lo dudo. No pequéis por defecto, sino por exceso.

Cualquiera que no fuese yo se estremecería de pánico. He visto a

compañeros míos que sufrieron un trato como el que se disponen a darme.

¡No lo toleraré!

Mis ideas se aclaran en un segundo, conforme descendemos las escaleras que conducen al sótano, a las celdas de castigo…

CAPÍTULO II

Voy flanqueado por los dos guardianes. Les siento tan juntos a mí que les rozo al menor movimiento.

Percibo con nitidez el olor a cloaca que despide Leo Sanderson, el cual lleva en la diestra la pistola, que montó ostensiblemente al abandonar el despacho de Richard Sangiusto. Frederick Clark sigue presionándome cariñosamente las costillas.

—Esta vez vamos a bajarte los humos para siempre, orangután. Casi te aconsejaría que te defendieras para meterte una bala en la barriga.

Me detengo.

Sanderson, con sus palabras, me brinda un buen pretexto para pararme. Estamos a menos de veinte metros de distancia de la celda de castigo, la más infecta de todas, en la que, estoy seguro, me encerrarán. En su interior hay unos grilletes unidos por una cadena a la pared. Si me inmovilizan en ellos podrán confundirme con un saco de arena sin el menor riesgo.

—Me conmueves, Leo. ¿Me tienes tanto odio porque soy más guapo que tú o porque envidias a todo bicho viviente?

Vigilo a los guardianes.

Una idea me regocija. ¡Si pudiera realizarla me convertiría en el «no va más» de los presidiarios! Por otra parte es la única forma de evitar que me conviertan en pulpa, quizá de que me dejen inválido para toda la vida.

Nunca creí que estos casos pudieran darse impunemente en la administración estadounidense. Sabía, eso sí, que las cárceles y presidios no son balnearios, pero nunca imaginé que se tratara a los reclusos con tal dureza, con tan absoluta falta de justicia.

He merecido la celda de castigo. Sin embargo, nada justifica que

se de carta blanca a dos brutos para que sacien en mí sus instintos bestiales.

Tarde o temprano Richard Sangiusto tendrá que responder de sus actos. ¡Si me le encontrara en un callejón, a solas los dos y en una noche de tormenta…!

—¡Camina! ¡Vamos!

Sanderson me ha sacudido con el cañón del arma en la clavícula izquierda y noto un calambre que me recorre medio cuerpo. Le grito en la cara:

—¡Bestia!

Advierto que, por no saber dominarme, va a dar comienzo el baile. Brillan burlones los ojos de Sanderson y adivino que Clark se dispone a tomar parte en la danza.

Echo, sin volverme, ambos codos hacia atrás. Es mi golpe favorito. Merced a él conservo la vida. En situaciones graves, como la de ahora, pero frente a *gangsters*, le utilicé siempre con éxito.

No me falla.

Oigo un gemido y me abalanzo sobre Sanderson, que no espera mi acometida. Le arrebato la automática de un manotazo y el arma cae al suelo.

Va a inclinarse para cogerla y le pongo una zancadilla. Cuando está en el aire alzo mi pierna izquierda y le propino un formidable puntapié en las posaderas que le lanza a varios metros de distancia.

Giro en redondo.

Lo hago a tiempo.

Frederick Clark se está enderezando, sin soltar la pistola.

—¡Voy a matarte!

Me arrojo sobre él, como proyectil de catapulta, a media altura, en el momento en que oprime en gatillo.

El proyectil silba sobre mi cabeza, no alcanzándome de verdadero milagro. Olvidándome de todo, le retuerzo el brazo con tanta violencia que suena un crujido. Acabo de partirle el hueso.

No me importa. Es un asesino con uniforme, peor que el peor de los indeseables que infectan las grandes ciudades del mundo.

Ya en el suelo, le pateo la mandíbula, dejándole inconsciente, y esgrimo la automática.

—¡Suelta ese arma, Robert!

No obedezco, pese al riesgo que entraña, y me vuelvo.

Sanderson, al que forzosamente tuve que descuidar, me apunta con su pistola.

—Por muy deprisa que oprimas el gatillo, siempre tendré tiempo de hacerlo a mi vez y despenarte, rata de alcantarilla. ¡Vamos! ¡Suicídate si tienes arrestos —no dije arrestos, claro— para enfrentarte a mí!

Nos miramos.

Su dedo índice está curvado. El mío también. El me odia. Yo le aborrezco. El es un cobarde. Yo no.

—¡Dame tu arma, Sanderson, o te liquidaré!

—¡Si te mueves, disparo!

—No lo harás. Le tienes mucho cariño a tu sucio pellejo. Voy a piropearte, con infinita ternura, Leo queridísimo, con lo mejor de mi repertorio. Posees un arma con la que puedes y debes disparar. ¡Eres funcionario de prisiones! ¡Eso obliga a mucho! A morir honrando el uniforme. Lástima que yo también empuñe un revólver…

—¡No puedes escapar de la cárcel!

—Pero sí llevarte a que infectes el aire en el valle de Josafah. Cada frase amable que te dedique acortaré un paso nuestra distancia. Pienso quitarte la pistola y, asómbrate, gusano, encerrarme voluntariamente en la celda de castigo.

Digo, cauto, lo último, que además es cierto, para no forzarle en exceso a convertirse en héroe.

—¡No seas loco, Baker! Te prometo que no te pondré la mano encima y que olvidaré lo que has hecho.

—No te creo. No eres un caballero, sino un rufián… ¡Y de los peores! Te llegó la hora de jugártela. No hay ventajas por mi parte, ni por la tuya. Bueno. Sí hay ventajas. Yo soy un hombre y tú eres un gallina. Empiezo.

Hago una pausa. La pistola de Sanderson me apunta al estómago.

No disparará.

—¡Cerdo cobarde!

Avanzo, un paso. Me separan escasamente media docena de metros de mi enemigo.

—Híbrido de sapo y víbora.

Sonrió.

¿Me creerán si les digo que en el fondo me divierte lo que hago? Pese al riesgo, soy un hombre feliz.

—¡Alcantarilla! ¿Desde cuándo no te lavas los pies?

—¡No te sigas acercando!

El pánico puede convertir en valiente a cualquiera. Me detengo y le dejo que se serene.

Leo no sabe que nunca haré fuego, que jamás me convertiré en un asesino. Si llegara a adivinarlo me clavaría todas las balas del cargador en el esternón.

—Te voy a decir cuáles son mis propósitos, con detalle, para que no te llames a engaño. De todas formas, creo que debes morir, quitándome de en medio. Te pondrán una medalla…, dentro del ataúd, claro. Una vez que te desarme me recluiré, cerrándome por dentro, para que nadie pueda culparme de intento de fuga, y pactaré con don úlcera de duodeno a fin de impedir que sus verdugos me estropeen el físico.

Callo unos segundos para elegir el nuevo piropo. No quiero excederme. Tal vez quede un atisbo de dignidad en el que pasa el peor momento de su vida viendo cómo a cada insulto avanzo el paso que le indiqué, con una sonrisa bailándome en los labios, esa sonrisa angelical a la que un íntimo amigo se refiere siempre y la califica como propia de una hiena.

Me refiero a mi jefe directo, el inspector Vicent Lubbok.

—¡Intestinos agujereados! ¡Pudridero de cementerio!

Dos pasos más. Tres nuevos insultos me pondrán tan próximo a Sanderson que percibiré el aliento nauseabundo de este pajarraco, tan repulsivo como una epidemia de disentería en barracones de prisioneros de guerra.

El corazón me late, loco. Si Leo hace fuego yo seré el único que caiga. Aun brutal y sin conciencia, cumple con su deber al acribillarme.

No replicaré con plomo. Soy de los que opinan que la autoridad debe respetarse siempre. ¿Les sorprende esta afirmación en un presidiario? ¡Es lógico que así sea!

Pero…

Los dos insultos que lanzo a Sanderson son irreproducibles. Al lanzar el tercero, más rotundo, me guía el propósito de enfurecerle hasta el paroxismo para que no advierta cómo extiendo mi mano

izquierda y le arrebato el arma.

Sólo entonces respiro y me ladeo con rapidez, cambiando de postura.

He escuchado un roce a mi espalda.

No había motivo para el sobresalto.

Frederick Clark, con un gesto de terrible dolor en el rostro, acaba de ponerse en pie.

Yo, como los *gun-men* del antiguo Oeste, empuño un arma en cada mano.

—Bien, amiguitos. Se cambiaron las tornas. Siento deseos de partirte también un hueso, Leo. No lo haré. No te pongas más pálido de lo que estás. No me lo agradezcas. Necesito que uno de los dos vaya en busca de Richard Sangiusto. Frederick, que es un gallina, está a punto de desmayarse. Para que te marches tranquilo me encerraré voluntariamente. Te lo dije y siempre cumplo mi palabra.

El asombro de los dos guardianes es grande al verme coger un manojo de llaves que pende de un clavo en la pared e introducirme en una de las celdas, en un recodo.

Mientras me dirigí al agujero ambos me siguieron como perros sumisos, incapaces de rebeldía.

—¡Cumple mi orden, Sanderson!

Soy yo quien manda. Insólito, pero cierto. Leo reacciona. No concibe mi actitud.

—No te muevas, Frederick.

—¡Vuelve pronto! ¡Necesito un médico!

—De acuerdo.

Nos deja solos. Yo contemplo a Clark en silencio.

Muy en lo íntimo, me da lástima. El brazo derecho, roto por el hombro, le cuelga como un pingajo. El sufrimiento que padece debe ser atroz porque le veo sudar como si se encontrara en un baño turco.

Me mira y adivino una amenaza mortal en sus pupilas.

En un futuro mi estancia en la cárcel será un peligro mayor que permanecer atado de pies y manos en un nido de serpientes de cascabel.

Mi cerebro trabaja a vertiginosa velocidad. Gané los primeros

combates, pero aún queda el de fondo con Richard Sangiusto. ¿Cómo reaccionará el director de la cárcel ante lo que acabo de hacer? Procuraré metérmelo en el bolsillo, demostrarle que valgo un millón de veces más que él, lo que es cierto aunque, en ocasiones, y ésta puede ser una de ellas, no sea fácil que lo comprenda.

Si monta en cólera, que montará, y se decide a emplear la fuerza, entonces…, estaré perdido por completo, ya que no soy lo que parezco.

Tengo «que ganarle el tirón», como se dice en el argot de los bajos fondos. ¿Me dará tiempo?

Contemplo, irónico, a Frederick Clark.

—¿Te hice pupa, riquín? —inquiero.

—¡Cochino *gángster*! Ya te daré tu merecido.

Asomo el cañón de uno de los revólveres y le veo retroceder. Efectivamente, mi enemigo es un gusano.

—¡Pídeme perdón de rodillas o te agujereo el testuz!

Así soy de expresivo.

Clark retrocede, con un brillo de odio y de temor en los ojos.

Parece un animal acorralado.

—¡De rodillas o te atravieso una pierna con la bala! Procuraré destrozarte la articulación de la rodilla para que te conviertas en un inválido.

Me cree. ¡Cómo no!

Vacila.

Se recuesta en la pared. Sé que el brazo roto le ha convertido en un guiñapo.

No llega a arrastrarse por el suelo porque por un extremo del pasillo aparecen Leo Sanderson y Richard Sangiusto.

Advierto la sorpresa de los dos al comprobar que continúo encerrado, como prometí. Quizá temieron que valiéndome de la inferioridad física de Frederick hubiese intentado evadirme abriéndome paso con las automáticas de que dispongo.

Se sitúan frente al ventanillo por el que asomo, por descuido, el cañón de una de las pistolas.

Nos miramos en silencio, con expresiones plenas de afecto.

—¿Qué nueva locura es ésta, Baker?

Disfruto igual que un cafre.

—Ya ves, don úlcera de duodeno. Agradéceme el honor de que haya pedido hablar contigo y también de que te tutee. Por si no lo sabes te diré que tengo conmigo las dos armas de tus inefables guardianes, esos querubíes sin lavar a los que encargaste que me apalearan como a un cerdo. Esta celda de castigo jamás se ocupa. En principio la destinasteis a cuarto para guardar los útiles de limpieza de la planta baja. ¿Me equivoco?

A través del ventanillo de la puerta contemplo a Sangiusto, al que flanquean Clark y Sanderson.

Están desconcertados, en especial el director al que han sorprendido los acontecimientos.

Sabe que se encuentra en una postura falsa, que si esto trasciende va a quedar malparado su prestigio y el de la penitenciaría. Por ello acepta el diálogo.

—Sigue, Baker. Sepamos lo que piensas.

—¡Bravo, amigo! Te vuelves razonable. A lo mejor resulta que eres listo. ¿Naciste en julio?

—¡Sobran los sarcasmos!

—Bien. Iré al grano, entonces. Seguiré refiriéndome al agujero en el que me encuentro. Como en el paraíso terrenal en el que tú, don úlcera de duodeno, eres la serpiente, a veces faltaban agujeros para encerrar a los presos rebeldes, habilitaste esta habitación como celda. ¿Sabes que a través de la estrecha abertura de apenas un palmo de ancha enlaza con el exterior? Veo que sí. Da gusto tu parpadeo cuando te pones nervioso. Puedo comenzar a hacer fuego, con intervalos regulares. Alguien llamará a la policía y a los periodistas. ¿Imaginas el revuelo? ¡Motín en la cárcel a cargo de un solo preso! ¡Me haré popular! No lo dudes.

Advierto, por el movimiento de su garganta, que don úlcera de duodeno traga saliva. Me apremia, ronca la voz:

—Continúa.

—Pido que este incidente se olvide, que se me permita regresar a la celda y que se me den garantías de que no se tomarán represalias. Por ejemplo, tu palabra de honor. Sé que aunque eres un bicho la cumplirás. Lo único que te queda es el respeto a ti mismo. Si le pierdes te descalificarás a tus propios ojos y a los de los demás.

—¿Olvidas que poseo fuerza para obligarte a salir de ahí?

—No te marques faroles, director. Puedes pero no te conviene. Tengo cerca un par de chapas metálicas, clavos gordos y varios martillos. Evitaré que introduzcas gases lacrimógenos taponando esta mirilla y la abertura que enlaza con el exterior. Por otra parte…, ¡al primero que entre le clavo una bala en el corazón aunque sea lo último que haga en el mundo! Cuando se me procese por asesinato alegaré defensa propia. Ibais a matarme a golpes y luché por mi vida. Quizá no sirva para librarme de la última pena. Sin embargo habrá una espectacular campaña de Prensa y una investigación. Algunos de los que dejasteis inútiles a palizas y que se encuentran en la enfermería declararán y… ¡No tienes escape, don úlcera! O pactas o armaré la gorda. Sé que yo no ganaré nada pero me importa todo un comino. Decídete.

Asomado a la mirilla veo cómo Richard Sangiusto se vuelve para decir algo al oído de Leo Sanderson. No le dejo que termine.

—¡Juego limpio o empiezo a disparar! ¡Desde aquí puedo liquidaros a los tres! Si optas por la guerra, de acuerdo, pero no estoy dispuesto a permitir el engaño.

El director de la cárcel tose. Está rojo de ira. Se sabe acorralado y me teme. Son muchas sus arbitrariedades para que quiera una investigación a fondo.

—¡Concreta de una maldita vez tus pretensiones, Robert!

—Son las expuestas. Tú puedes irte al despacho e ignorar lo sucedido. Leo y Clark me llevarán a mi celda. Una vez en el interior les devolveré sus armas. Naturalmente, si las cosas se hacen así, tengo tu palabra de honor de que no habrá represalias. Podrás mandarme al agujero por cualquier otra faena, nunca por ésta. ¿De acuerdo?

Tiemblo en la espera. Me juego mucho. No soy un asesino y jamás dispararé contra nadie. Oigo, con alivio, una respuesta afirmativa y abro la puerta, saliendo al pasillo. Llevo un arma en la cintura e introduzco la otra en el bolsillo lateral del blusón que hace las veces de americana.

Advierto que Frederick y Leo miran interrogantes a su jefe, preguntándole sin palabras si se lanzan sobre mí. Sangiusto reacciona como esperaba:

—Que se haga todo como convinimos. ¡Hila fino en un futuro, Baker! ¡Soy hombre de buena memoria!

No era necesario que me lo advirtiese. Me sitúo ante el que, ya para siempre será mi enemigo irreconciliable.

—Pediré que me trasladen de cárcel.

Se me ríe en las barbas.

—¡No lo permitiría nunca! ¡Es un honor para nosotros conservar un huésped tan «distinguido»!

¿Tendrá sentido del humor el batracio repulsivo que ejerce tan despótica autoridad entre los reclusos?

—El honor es mío, don úlcera. Muy mío.

Me inclino, con burlona reverencia.

Richard Sangiusto ha recuperado la calma y me contempla en silencio, grave el rostro.

—¡Lástima que no aceptaras mi oferta! ¡Lástima para ti, se entiende!

—¿Debo echarme a llorar?

—Quizá lo hagas en un futuro. ¡Vamos! ¡Lleváosle de una maldita vez! ¡Apesta a puerco!

No me gusta que me traten así y se lo hago saber arrimándole a las narices el cañón de uno de los revólveres.

No parpadea. ¡Tiene agallas!

Pienso que llegué ya más lejos de lo que la prudencia aconseja y giro en redondo para invitar a Leo Sanderson y a Frederick Clark, éste último cada vez más pálido:

—A vuestras órdenes, *mademoiselles*. Será un honor concederos el primer baile…

Ellos no se ríen.

Yo, tampoco.

CAPÍTULO III

Como soy un fulano discreto y tal he sacado la pistola del bolsillo del blusón para colocarla junto a la otra, en la cintura, y avanzo, dos pasos detrás, para que no haya sorpresas, de mis fieles y enternecedores amigos. Frederick parece que va a desmayarse de un momento a otro.

El camino de las celdas es el de la enfermería. Clark no retrasa la asistencia médica para venir conmigo.

Además, las últimas palabras del «dire» fueron tajantes:

—Llevadle los dos… —Como advirtiera mi sonrisa burlona, rectificó—: Acompañadle.

Cuando llegamos al corredor advierto que los presos se agolpan a las mirillas, con curiosidad. Entonces, modesto, abro el blusón que cubre mi tórax para que todos puedan ver las armas que llevo y comprueben que son las de mis guardianes, cuyas pistoleras, vacías, se mueven conforme caminan. Adivino el estupor que domina a mis conspicuos compañeros carcelarios. Washington, el padre de la patria, el general Grant y todas las glorias nacionales que en el mundo han sido, se quedan pequeñas a mi lado.

Retardo el paso y ensancho el pecho, como los buenos, para, a poco, después de mi recorrido triunfal, detenerme ante la celda, que Sanderson franquea:

—¡Dame las armas!

—Por la mirilla, gusano, y no rechistes. ¡Soy yo el que manda!

Entro y cumplo lo prometido, apartándome en el acto de una posible línea de tiro. Le pido a Wallace Coburn, que me contempla, atónito:

—Cerciórate de si se largan. Si asomo el rostro son capaces de agujereármelo.

Lo hace.

—Se han ido —me indica—. ¿Qué demonios pasó?

Todos me rodean, en pie, y yo, sin darme importancia, con mi humildad característica, respondo:

—Soy uno de esos hombres geniales, únicos, incomprendidos, al que aún no se le hizo justicia, el ser más extraordinario del mundo, excepcional. Don úlcera de duodeno, al que mal jugo se la perfore.

Refiero mi aventura, tal como sucedió. Sin añadirle otras palabras y situaciones que las necesarias para redondear mi historia.

Wallace Coburn está maravillado. Simón Banegat, «el Pastor», sonríe con cinismo. Ernest Raisner parpadea con fuerza.

Al terminar pido un cigarro, que los tres se apresuran a ir a coger del paquete que hay encima de uno de los petates, estanco común. Coburn es el más rápido de todos.

Doy varias chupadas y finalizo:

—Habéis visto las pruebas. Yo llevaba las pistolas y ellos eran dos corderos asustados. ¡No fanfarroneo!

Es Wallace, el «destripacajas de caudales», el primero en decir:

—¡No me explico por qué no te abriste paso a tiros y te largaste de esta cuadra!

Me le encaro.

—No tengo amigos fuera. Salir de aquí es fácil. Hay media docena de formas de hacerlo. No olvides que mi cerebro es de privilegio. Tipos como yo nacen uno cada cien millones de años. Sin embargo, no quiero fracasar. El día que decida abandonaros habré tomado todas las precauciones imaginables. ¡No quiero que vuelvan a encerrarme por una absurda precipitación!

—¿A qué esperas?

Es Coburn el que me interroga.

—Escribo una carta cada mes a un fulano de Chicago, el único amigo de verdad. Hasta ahora no recibí contestación. Quizá le tengan también «en el saco» o le hayan tumbado de un tiro. Es mi única esperanza. Si él me contestara mañana, dentro de cuarenta y ocho horas estaría lejos de vosotros, contemplando con deleite las muchachitas en flor que tan nervioso ponen a Ernest.

—¿Tan seguro es tu plan?

Advierto que a Wallace le tiemblan las aletas de la nariz de

excitación.

—Fácil y sin apenas riesgos. Hablemos de otra cosa, si os parece. ¡Si vierais el gesto que puso el director cuando le metí por las narices el cañón del revólver!

Me lanzo a disquisiciones, siempre con mi modestia habitual. «El Pastor», el más inteligente de todos, exceptuándome a mí, claro, ríe con fuerza. El separa en su cerebro lo que hay de verdad y de fanfarronería en mi relato. Se divierte de lo lindo.

Ernest Raisner sorbe mis palabras. Es el primero en interrumpirme:

—¡Yo tengo fuera quien puede escondemos!

Le miro con desprecio. No tengo que fingirlo. Este fulano me produce una repulsión incontenible:

—¿Cómplices de violaciones, de juergas de homosexuales, de morfinómanos? ¡No! ¡Son necesarios hombres de pelo en pecho, conscientes de lo que significa la fuga de unos presidiarios a los que la policía va a acosar como si fueran ratas de alcantarilla! ¡Gentes que no se asusten, que tengan contactos e informadores hasta en las filas de la Metropolitana, que dispongan de una organización perfecta! ¡Ninguno de vosotros puede ofrecerme algo semejante! Sólo mi amigo, el de Chicago.

—El que nunca contesta —apostilla «el Pastor».

—Ya lo hará. ¡Es de los buenos! ¡Algo grave tiene que haberle sucedido! Si vive, me escribirá y…

—¿Nos iremos todos contigo? —inquiere Raisner.

La respuesta es brutal, a mi estilo.

—¡No! Que sepa, nada tengo que agradeceros. ¡Cada uno que se ocupe de sus propias pulgas! No hay prisa por salir, pero el día que lo haga nadie me encerrará de nuevo, al menos vivo. Por eso hoy dejé escapar la oportunidad. Si mañana me abrieran las puertas de par en par me quedaría.

Coburn va a decir algo pero cierra de pronto la boca, arrepentido de su impulso.

—Debiste aceptar la oferta del director, Baker.

Miro a Simón Banegat.

—Me dan asco Sangiusto y sus métodos. ¡Le aborrezco! ¡Verle a diario hora tras hora acabaría conduciéndome a la silla eléctrica! ¡Terminaría ahogándole! Ser un fuera de la ley tiene sus peligros,

pero también sus privilegios, el principal de ellos no someterse a ningún género de esclavitud. Prefiero sopa con gusanos y conservar mi independencia. ¿Qué hubieran pensado todos en la cárcel de mí? ¿Y vosotros?

Wallace es el primero en responder, después de un largo silencio. Lo hace a su estilo, bronco y sincero, a lo hombre. Me gusta el modo de ser de «destripacajas de caudales».

—Cada uno debe mirar por sí mismo, sin importarle los demás. Si en la calle rige la ley del más fuerte aquí sucede igual. Cuando a uno le esperan largos años de encierro es lícito procurar que sean lo menos duros posibles. ¿Te hacen gracia mis palabras?

—Tú eres inteligente, Coburn. Pareces adivinar las cosas. Rechacé la oferta porque siguiendo el mismo régimen de vida que los demás presos es como conseguiré fugarme. La cárcel tiene una serie de puntos débiles. Necesito realizar todos los servicios, incluso los más desagradables, para, en su día, aprovechar una oportunidad que quizá no tuviera de chupatintas de Sangiusto. Sin este proyecto de huida, mi respuesta al director habría sido distinta. ¡Tipo listo!

Wallace se encampana como un pavo adulto ante la pava de sus entretelas. Deliberadamente le halago y pongo en su cerebro ideas que jamás se le ocurrieron.

El tiene vanidad de artista, como todos los que se dedican a forzar cajas fuertes. Por ello, me consta, el elogio le produce mayor impacto que a cualquier otro.

—Gracias, Robert. Da gusto hablar contigo. ¿Por qué no preparas un plan de fuga para los cuatro?

Le hago un rápido gesto, que capta.

—Aún es pronto. Debo madurarlo bien.

—A tu gusto…

Termina el diálogo. Raisner y Banegat comienzan a jugar a las damas aprovechando una hoja de papel cuadriculada en la que marcaron los cuadros negros y blancos y sirviéndose de lentejas como fichas. Yo me siento en mi catre y Coburn se acomoda al fondo, junto a la ventana enrejada que enlaza con el patio central.

Mira al cielo, a la libertad. Tengo la certeza de que evoca a la mujer que le aguarda fuera, una idea intensa capaz de aislarle.

* * *

La litera de Wallace está sobre la mía. En el otro extremo, duermen Simón Banegat y Ernest Faisner.

Espero lo que, tengo certeza de ello, va a producirse y mientras el momento llega perfilo mis ideas hasta el menor detalle. Cualquier error puede arruinar meses de sacrificio.

He soportado más de lo imaginable. Sin embargo, aunque fracasara, lo que no espero, habría aprendido algo de incalculable valor. Siempre creí que la silla eléctrica era el peor castigo para los malhechores. Ahora sé que una muerte rápida puede ser, y de hecho lo es, más piadosa que una condena a perpetuidad bajo la disciplina de seres como don úlcera de duodeno.

Unas cosquillas en la nuca, un calambrazo, y fin de miserias y podredumbre. Permanecer en un agujero como éste por toda una vida es una broma pesada. Rectifico. Vivir es siempre hermoso aunque sea revolcándose entre estiércol. La esperanza nunca se pierde.

El fin de mis pesares se aproxima. Lo intuyo. Tengo la certeza de ello. También sé que el escapar del presidio será el comienzo de terribles peligros.

Vale la pena. Yo soy…

Un roce, el esperado desde que las luces se apagaron en las celdas, se acaba de producir sobre mí.

No me muevo, tenso, casi febril. ¡Es mucho lo que me juego en el envite!

—¿Duermes, Baker?

Tardo en contestar.

—¿Quieres algo, Wallace?

Coburn se desliza de su petate y me dice:

—Echate a un lado. Necesito hablarte.

Me corro hacia la pared y a los pocos segundos noto cómo mi compañero de celda se tiende junto a mí.

Ambos guardamos silencio. Quizá Banegat o Raisner se han despertado y escuchen en las sombras. Es preciso estar seguros de que nadie nos oirá.

Dejamos transcurrir el tiempo. Un reloj, lejano, mi compañero en las noches de insomnio, desgrana tres campanadas.

—Los otros duermen —me dice Coburn—. Ninguno se ha movido.

—Sí —respondió—. ¿Por qué tantas precauciones? ¿Tan importante es lo que vas a contarme?

Hago mi papel de ingenuo. No es lo mismo pedir que aceptar. La respuesta de Wallace es rápida:

—Los dos nos complementamos. En la calle me sobran amigos, contactos y lo preciso para que no nos cacen. Sin embargo, por mucho que me he quebrado la cabeza, no acierto a dar con el plan lógico para salir de esta ratonera. ¿Tú lo tienes o fanfarroneabas?

—¡Yo no fanfarroneo nunca, «destripacajas de caudales»!

—¡Baja la voz!

No se ha ofendido pese a que le nombré por un apodo que no le gusta. Ello indica que me necesita, que ya no puede aguantar más, que le enloquece la idea de huir.

Cree ciegamente en mis palabras y está dispuesto a cualquier cosa por conseguir mi complicidad.

Vuelvo a guardar silencio.

—¿Cómo se puede uno largar, Robert?

—Mejor será que puntualicemos. Una vez fuera de aquí, viviremos unidos como la carne a los huesos hasta que podamos largarnos del país o la policía se olvide de nosotros. En el primer caso pasarán semanas, quizá meses. En el segundo quizá hasta un año. Tendremos que permanecer ocultos, sin mostramos, en un sitio seguro. ¿Me equivoco?

—No. No te equivocas. ¿Qué te preocupa?

—Ahora te soy imprescindible. Una vez fuera, ¿qué ocurrirá?

—¡Serás siempre mi amigo!

—Un amigo que se convierte en una carga acaba siendo odioso. Por otra parte no me gusta vivir de la caridad ajena. Bien que aguantemos sin movemos un tiempo. Después necesitaré la protección de un grupo.

—¡Acaba de una vez, Baker!

Sonrío en la sombra. Él no puede verme y por eso lo hago.

—Quiero que me hagas una oferta completa de lo que va a ser de mí en libertad, saber a qué atenerme. Es posible que tú no desees jugármela pero no sabes lo que opinarán los que te ayuden, tu novia, incluso.

—¡Ellos harán lo que les mande!

—De todas maneras no me arriesgaré. Medita en lo que acabo de

decirte. Después, volveremos a hablar.

—¡Ninguna ocasión mejor que ésta!

Esperaba que Coburn reaccionara así.

—Te escucho.

Wallace tose levemente.

—Verás —empieza, trémulo, como si le costara un tremendo trabajo confiarme su secreto—. En un sitio determinado guardo la llave de una caja fuerte. La de un Banco. Allí oculto más de cien mil dólares.

—No nos servirán de nada. No puedes ir a recogerlos.

—Linda figura como titular. Ella firmó la tarjeta e hizo el depósito. En realidad ignora lo que puso en el arca, pues le entregué un paquete precintado con lacre y…

—¿Quién es Linda?

Mi interrupción le hace maldita gracia. Pese a ello, me contesta.

—Mi chica.

—¿Esa rubia pimpante que viene a verte y que se preocupa de que nada te falte?

—Sí.

El monosílabo me indica el estado de ánimo de mi interlocutor, pero aparento no advertirlo.

—Haces mal en fiarte de una mujer.

—¡Sé hacer las cosas! Además, es mi problema.

—¡Cuando salgamos de aquí será también el mío! ¡No lo olvides!

Mi voz, aun en susurro, es tensa. Coburn, tras una breve pausa, contemporiza:

—Serás mi aliado. Las circunstancias me convirtieron en persona importante. Fue un golpe de suerte que supe aprovechar. Ella nunca me traicionaría. Por otra parte ignora lo que llevó al Banco y tampoco tiene la llave. No sabe dónde está. Te doy mi palabra de preocuparme de ti y…

—¿De acunarme como a un bebé llorón? ¡Me comprendiste mal! Yo te saco del agujero. Tú me buscas un seguro refugio, que compartiremos. Si las cosas se ponen difíciles seremos como dos hermanos siameses, sin que ello implique que tengas que acariciarme por las noches. No harás ningún trabajo sin mi conocimiento, al menos mientras la policía te busque. No quiero exponerme a que te cacen y te hagan cantar. Temo que por tu deseo

de verte libre asegures que posees fuera contactos y organización y luego todo se reduzca a un piso con Linda, que vigilará la policía.

—¡Te dije la verdad, Robert! ¡Me sobran amigos! Ahora háblame de tu plan. ¿Tú y yo solos?

Afirmó.

—Les haremos creer, sin embargo, que van a salir con nosotros. Les necesitaremos para largarnos. Escúchame sin interrumpirme.

Invierto más de un cuarto de hora en perfilar hasta el mínimo detalle. La respiración de Coburn ha ido haciéndose más agitada conforme avanzo en la exposición, minuciosa, de mis proyectos. Al terminar, exclama:

—¡Formidable!

—¿No encuentras fallos?

—¡Ninguno! Raisner y Banegat nos harán el juego como un par de estúpidos. Dentro de cuatro días nos corresponde ese servicio. Yo me ocuparé del exterior.

—¿Cómo establecerás el contacto?

—A través de Linda. Pasado mañana vendrá a verme. ¡Eres formidable, Baker! ¡Fabuloso! Nunca oí nada tan sencillo y eficaz. ¿Por qué no repasamos los detalles y…?

—No. Sube de nuevo a tu litera y piensa en lo que acabo de contarte, en busca de fallos. Tengo la certeza de que no existen, pero quizá tú encuentres alguno. Mañana haremos lo de hoy. Te deslizas a mi petate y conversamos. No hagas ninguna alusión. Yo me encargaré de meterlos los perros en danza a «el Pastor» y a ese loco faldero para que se la jueguen mientras tú y yo nos largamos. Una vez que les hable, si ellos te interrogan, échamelos a mí.

—De acuerdo. ¡Tú mandas!

—Procura no olvidarlo, Wallace. ¡Soy el único capaz de conseguir que salgamos de esta ratonera! Mañana por la noche lo decidiremos todo. Pasado hablaré con Ernest y Banegat y tú lo harás con Linda, en el locutorio. ¡No es mucho el tiempo de que disponemos! Podemos aplazarlo, si ves dificultades.

—¡No será necesario! ¡Me va a parecer mentira ser libre!

—A mí también Coburn. Después de la faena que les hice al director, a Sanderson y a Clark, mi porvenir no iba a ser brillante. No les daré oportunidad para que se me echen encima.

—No, Robert. ¡Estáte seguro!

Coburn, con sigilo, se encarama en su litera y yo me abstraigo en mis ideas, todas gratas.

Mis planes, y no son sólo los de la fuga, van cumpliéndose con matemática precisión.

Me queda por resolver un tremendo problema. Si continúa el castigo a que nos tiene sometido don úlcera de duodeno, y nos priva durante los cuatro días que faltan para la fuga de la media hora de patio en común habré de arriesgarme de forma terrible.

Lo haré, claro está.

Tardo en quedarme dormido. No he hecho más que cerrar los ojos, al menos eso creo, cuando suenan los timbres para que nos levantemos.

Desde ese momento hasta la revisión de celdas apenas nos dan diez minutos.

Como tengo la certeza de que será Leo Sanderson el que revisará la nuestra, les digo a mis amigos que se den prisa y se esmeren. Lo hacemos todo de forma tan concienzuda que a pesar de que el guardián busca el menor pretexto para imponemos un castigo colectivo no lo encuentra y tiene que marcharse, no sin lanzarme una mirada amenazadora.

Una vez que está en el pasillo, inquiero, a través de las rejas:

—¿Qué tal Frederick Clark? Me interesa mucho su salud. Temo que fui demasiado duro con él.

—¡Maldito payaso!

Se aleja gruñendo amenazas y yo lanzo una sonora carcajada. Simón Banegat me reprocha:

—Haces mal en desafiarle. Ese tipo es vengativo y…

No termina la frase pero todos le comprendemos. Yo aprovecho la oportunidad para lanzar el primer dardo:

—No habrá «y…». Voy a largarme de aquí en cualquier momento.

Banegat frunce el ceño. No se ríe. Sabe que no me gustan las bromas.

—¿Solo?

—Depende.

—¿De qué?

—De muchas cosas.

—¡Allá tú!

No me gusta el brillo de los ojos de Simón, «el Pastor». Es astuto como una serpiente.

Enciendo un cigarrillo y al advertir que apenas si nos queda tabaco comento:

—Confiemos en que Sangiusto permita pronto la entrada de paquetes. De no ser así tendremos que fumarnos la paja de las colchonetas.

Nadie me contesta.

Sé por qué.

Mis palabras han hecho el impacto que esperaba.

Me recuesto en una de las paredes de la celda, de perfil a mis compañeros.

Por el rabillo del ojo veo que Wallace se ha sentado en el suelo, con las rodillas levantadas, que se sujeta con ambas manos. Es su postura favorita. Ernest Raisner pasea, más nervioso que nunca. Simón Banegat permanece erguido, junto a la puerta, con la mirada perdida en el pasillo.

Parecemos fieras enjauladas y…

Lo somos. Peores que fieras.

—¡Atención! ¡Atención!

Los cuatro nos acercamos a la reja metálica que da acceso a la celda. La llamada de los altavoces de la galería despierta nuestra curiosidad.

—¿Qué irá a decimos el bicho del director? —inquiere Coburn.

—¡Calla! —le ordena Banegat.

El silencio es absoluto. Los altavoces son una gran compañía en este cementerio de hombres. De vez en cuando, en contadas ocasiones porque según Sangiusto no nos merecemos un trato humano, los utilizan para transmitir música. Por ellos sabemos, también, las nuevas órdenes y los castigos que se nos imponen.

—¡Atención!

Imagino al funcionario de la cárcel complaciéndose en demorar sus palabras, seguro de la ansiedad general. Aquí son todos unos angelitos con las entrañas negras.

—El director ha decidido autorizar de nuevo los recreos en el patio. Espera que todos colaboren en un futuro por el buen orden y no reincidan en hechos que los culpables serán los primeros en lamentar. Dentro de media hora, como de costumbre, se procederá

al paseo. También se entregarán los paquetes retenidos en las oficinas. Es todo.

Respiro con alivio.

Todo se me pone sencillo.

Cruzo una rápida mirada con Wallace y digo, mirando a Raisner:

—Al menos probaremos las golosinas que te manda tu… ¿Quién es el que te provee desde fuera?

Como de costumbre, Ernest no responde, limitándose a sonreír con malicia, en plan superior.

—Linda me traerá mañana lo que acostumbra todas las semanas.

—¿Se llama así tu amiguita? —inquiere Simón—. Es la primera vez que la nombras. ¿Ocurre algo?

Veo que Coburn se muerde los labios e intervengo:

—Sí. Lo que antes dije. Ella es vital para que nos larguemos de aquí.

—¿Ahora pluralizas?

—Ya lo ves.

Noto inquietud, hostilidad, en el ambiente, pero no me preocupa. Es lo que deseaba.

Ninguno hablamos. Pasa el tiempo y al fin las puertas se abren y, en doble fila, descendemos por la escalera metálica que enlaza con el patio de la penitenciaría.

El sol nos deslumbra. El silencio entre los penados es absoluto.

Se rompe al sonar el silbato autorizando las conversaciones.

Los turnos de patio son dos.

Se forman grupos, se charla, se bromea. ¡Parece mentira que pueda existir cordialidad entre tigres, pero es así!

Richard Sangiusto intentó imponer la rueda de presos paseando uno detrás de otro, sin hablarse, pero su fracaso fue rotundo. Todos nos opusimos.

Hubo castigos colectivos y otras lindezas. Finalmente, don úlcera tuvo que ceder, como en tantas cosas que son de justicia dentro de la tremenda barbarie del régimen interior de la cárcel.

Me aparto de mis tres inseparables, deliberadamente. Raisner va a seguirme, pero Coburn se lo impide con el gesto.

—Déjale. Sabe lo que hace.

—¿Qué os traéis entre manos?

Éstas son las últimas palabras que escucho.

Hay un hombre joven, solo, en uno de los rincones, entreteniéndose en dibujar cosas absurdas con la puntera de una bota. Me le acerco:

—¿Tienes un fósforo?

Asiente, sin palabras. Mientras enciendo, musito:

—De hoy en cuatro días. Plan uno, Jimmy. Y que nada falle.

—¡No fallará! ¡Gracias a Dios que acaba la pesadilla! ¡Empezaba a tener complejo de criminal! ¿Habrá más contactos?

—Sólo si se alterara la fecha, lo que no espero. ¡Cuatro días! El 28 exactamente. No lo olvides.

Me separo del que parece haber rejuvenecido diez años con la noticia.

Su rostro, hasta entonces sombrío, se dulcifica con una sonrisa. ¡El trago fue largo y duro para los dos!

Giro la mirada alrededor. ¡Angelitos negros! ¡Todo es carroña, carne de hospital, patíbulo o presidio! Si alguno sale volverá al tríptico que le corresponde en justicia.

Lo peor de cada casa se ha dado cita aquí.

Paseo, indiferente.

Hay más de veinte guardianes vigilándonos desde lo alto de las tapias. Llevan fusiles ametralladoras. Podrían barrernos en un par de minutos.

Veo a Leo Sanderson junto a la puerta que enlaza con las galerías, al otro lado de los barrotes, también con su metralleta. Nuestras miradas se cruzan y adivino algo en la suya que no me hace feliz.

Tengo la certeza de que si no me largo pronto acabará conmigo. Me odia con una ferocidad que raya en lo demencial.

Me mezclo en otros grupos. Me reciben con palmadas en la espalda, afablemente. Mi hazaña ha dado la vuelta a la penitenciaría y se honran considerándose amigos de un tipo tan duro como yo.

En eso no se equivocan.

Al fin, me alejo y me aisló, sentándome en el suelo, con la espalda apoyada en la pared.

Entorno los ojos, gozando de la caricia del sol.

La certeza de que dentro de cuatro días seré de nuevo un hombre libre, de que podré ahogarme en *whisky*, comerme un kilo

de carne medio cruda a la plancha y acompañar a una fémina de las que a mí me gustan, rotundas y poco timoratas, me enciende la venas.

¡Ser de nuevo persona! Vestir trajes de cuatrocientos dólares y ducharme a diario.

Mi condición de fugitivo no me impedirá moverme, una vez que amaine la fiebre de la búsqueda inicial, que no durará mucho.

También me será posible reanudar mis íntimas conversaciones con Nancy, una rubia explosiva a la que dije que iba a emprender un largo viaje.

Me esperará. Ya estaba tendiéndome la red para cazarme de forma definitiva. No se ha creído que yo no nací para convertirme en esposo de nadie.

Mientras tarde en descubrir que no mentí seguirá siendo buena y cariñosa conmigo.

Jimmy se encargará de impedir que la Metropolitana me amargue la vida.

¿Les digo, amigos lectores, quién es Jimmy Petermann? Voy a hacerlo.

Es un agente federal, un sabueso del FBI en misión de servicio.

¿Y yo?

Rasguemos el velo.

Me presentaré sin antifaces. Soy Robert Baker, inspector del Federal Bureau of Investigation, uno de los más jabatos defensores de la ley. Fui el primero de mi promoción y me introduje en la cárcel como un delincuente más. Mi jefe directo, el también inspector Vincent Luddok, insistió en que, al menos, el director de esta pocilga debiera de ser informado, pero me opuse terminantemente. Ello, quizá, supusiera un trato de favor o de privilegio. Además, los secretos mejor guardados son los que nadie conoce. Me labré un sólido prestigio a base de aguantar como los bravos. Arrastré conmigo, porque era imprescindible, a un enlace, Jimmy Petermann, en distinta galería que yo y con el que sólo he hablado en esta ocasión.

El se encargará de facilitar mi trabajo.

De prolongarse la supresión del paseo, hubiera tenido que efectuar el contacto en el comedor, con mayores riesgos.

Todo se ha puesto fácil de pronto, fruto maduro de mi

genialidad indiscutible, una vez que amaine la fiebre de la búsqueda inicial, que no durará mucho.

También me será posible reanudar mis íntimas conversaciones con Nancy, una rubia explosiva a la que dije que iba a emprender un largo viaje.

Me esperará. Ya estaba tendiéndome la red para cazarme de forma definitiva. No se ha creído que yo no nací para convertirme en esposo de nadie.

Mientras tarde en descubrir que no mentí seguirá siendo buena y cariñosa conmigo.

Jimmy se encargará de impedir que la Metropolitana me amargue la vida.

¿Les digo, amigos lectores, quién es Jimmy Petermann? Voy a hacerlo.

Es un agente federal, un sabueso del FBI en misión de servicio.

¿Y yo?

Rasguemos el velo.

Me presentaré sin antifaces. Soy Robert Baker, inspector del Federal Bureau of Investigation, uno de los más jabatos defensores de la ley. Fui el primero de mi promoción y me introduje en la cárcel como un delincuente más. Mi jefe directo, el también inspector Vincent Luddok, insistió en que, al menos, el director de esta pocilga debiera de ser informado, pero me opuse terminantemente. Ello, quizá, supusiera un trato de favor o de privilegio. Además, los secretos mejor guardados son los que nadie conoce. Me labré un sólido prestigio a base de aguantar como los bravos. Arrastré conmigo, porque era imprescindible, a un enlace, Jimmy Petermann, en distinta galería que yo y con el que sólo he hablado en esta ocasión.

El se encargará de facilitar mi trabajo.

De prolongarse la supresión del paseo, hubiera tenido que efectuar el contacto en el comedor, con mayores riesgos.

Todo se ha puesto fácil de pronto, fruto maduro de mi genialidad indiscutible.

Ernest palidece y crispa los puños. Lamento haberle provocado. Una pelea lo echaría todo a rodar.

—¡Quieto, Raisner, si quieres salir de aquí! Si te destrozo la cara de un puñetazo nos mandarán a una celda de castigo.

Wallace se ha interpuesto para evitar la pelea. Ernest se calma. La posibilidad de escapar le sosiega.

—¡No vuelvas a insultarme, Baker, o no respondo!

Hay en su voz una extraña vibración que me hace estremecer, a mi pesar. Éste es de los tipos capaces de hundirle a cualquier prójimo un puñal en la espalda o de arrojarle al rostro un litro de vitriolo.

Prefiero los enemigos que dan la cara.

—¿Saldremos los cuatro? —inquiere Banegat.

—Tal vez sí.

«El Pastor» me mira inquisitivo.

—No me gusta la respuesta.

—No hay otra, por el momento.

—Piensa que no permitiré que te largues sin mí. ¡De ninguna manera!

Me engallo. Es mi papel.

—¿Me amenazas?

—Sí. Puedo clavarte mientras duermes en la litera. También tener una charla con Sangiusto y hacer que te encierren un mes en la celda de castigo. ¡De allí no hay quien salga!

Miro a Banegat, como si dudase. También a Coburn y a Raisner. Finjo someterme e ironizo:

—Da gusto cuando le piden a uno las cosas con buenos modales. ¿Es posible, Wallace? ¿Trastornarán tus planes?

Le satisface que le consulte. Se considera importante.

—Puede venir con nosotros, pero…

—Sí, ya lo sé —le interrumpo—. Su obediencia tiene que ser ciega. ¿No era eso lo que ibas a indicar?

Asiente. Me vuelvo con brusquedad a Ernest:

—¡Ríete tú ahora! ¡Que supongan que nos contamos chistes verdes! ¡Vamos! Sanderson no nos quita ojo.

La carcajada de Raisner es histérica, a tono con su carácter.

—Mezclémonos con los demás. Hemos de romper el grupo como algo natural.

Lo hacemos, dispersándonos, hasta que el silbato de uno de los vigilantes pone fin al recreo.

A partir de este momento el que hable pasará una semana en la celda de castigo.

Son las normas.

Comenzamos a desfilar, penetrando en el edificio. Sanderson, ostensiblemente, cruza el pie a mi paso y caigo sin poder evitarlo.

En el suelo, siento que una bota se clava en mis riñones a la par que escucha la voz colérica del inefable Leo:

—¡Levántate, imbécil!

Me incorporo, igual que un cordero, a tiempo de recibir un culatazo en el pecho que me hace tambalear.

Aprieto las mandíbulas, encajo los dientes.

Inclino la cabeza y reanudo la marcha, sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

Ante la puerta de la celda, en espera de que la gran reja se abra, veo aproximarse de nuevo a Sanderson.

Se me acerca mucho y, como por descuido, me pisa los dedos del pie izquierdo con sus grandes, sucias y malolientes botas.

Continúo callado.

Wallace Coburn está inquieto. También Raisner y Banegat.

Ya dentro del agujero, los cuatro nos contemplamos, sin hablar. Sanderson, con el pretexto de encender un cigarrillo, permanece al otro lado, en el corredor, en espera de un insulto, sin duda, que le permita llevarme a presencia del director y, después, a la celda de castigo.

No va a conseguirlo.

Veo por su rostro que se decepciona. Estaba seguro de que reaccionaría acorde con sus deseos.

—¿Se te acabó el valor, Baker?

Le miro de arriba abajo, con infinito desprecio, sin responderle. El continúa quieto como un poste. Sin duda aún confía en que le de una oportunidad para cebarse en mí.

Una idea me cruza por el cerebro.

—Con el máximo respeto, le ruego, señor Sanderson, comunique al director mis deseos de verle.

«Señor Sanderson» y «con el máximo respeto» son dos frases que conmueven a nuestro hombre. Se desconcierta por vez primera.

—¿Objeto de la visita?

—Recordarle una palabra de honor dada por él e informarle de algunos posible abusos de autoridad Espero que transmita mi petición.

—¡No lo haré!

—¡Allá usted, señor Sanderson! Procuraré, siempre por conducto reglamentario, que mis deseos lleguen a dirección. Reiteraré mi ruego al guardián que le releve y, si es preciso, lo solicitaré por escrito.

—¡Eres un marrano, Baker, un cobarde y un miserable!

Pretende que pierda los estribos, que me acuerde de su sucia ascendencia.

Sonrío, inefable. La iniciativa es mía. No la perderé.

—Soy respetuoso con mis superiores y me mantendré en esta actitud. Nada me hará cambiar. En lo sucesivo me comportaré como un preso modelo, disciplinado, amigo de la limpieza y del orden.

Leo sabe que le tomo el pelo. Enrojece de ira. Yo cargo el acento en la burla:

—¿Puedo formularle una pregunta, señor Sanderson?

Masculla no sé qué indecencia entre dientes, y me autoriza:

—Sí.

—¿Cómo se encuentra el señor Clark? Transmítale *miss* saludos más cariñosos y más…

—¡Basta de sarcasmos!

Cuelgo los pulgares en el borde del pantalón y contemplo con fijeza a mi enemigo.

No hablo.

Nuestras miradas se cruzan. Es Leo el primero en desviar la suya. Tose, forzadamente:

—¡No siempre podrás aguantarte, Baker! El tiempo corre a mi favor.

Se aleja y por vez primera siento no ser lo que aparento para quitar de la circulación a una víbora.

—Toma un cigarro —dice una voz a mi espalda, que identifico como la de Coburn—. ¡Te lo ganaste! Había dos paquetes sobre la colchoneta. Los trajeron mientras estábamos en el paseo. Temí que no pudieras dominarte.

—No hay peligro, amigos. ¡Soy excepcional!

Capítulo IV

El plan es perfecto, como todo lo que yo hago.

Nuestra celda ha entrado hoy por la mañana en el peor servicio de la cárcel, las lavanderías, un infierno de vapor. No sólo nos ocupamos de las ropas de los reclusos que forman esta colmena de angelicales estafadores, ladrones de todo tipo y asesinos.

Además, por genial idea de don úlcera de duodeno, lavamos las del orfelinato, dos asilos y otra serie de instituciones del Estado.

Tres turnos de ocho horas apenas si dan abasto para quitar de en medio tanta suciedad.

¡Ocho horas entre detergentes y chorros de vapor, sufriendo un calor infernal, no son un regalo! Quizá por eso, cada semana, cambian los hombres.

A la lavandería la llamamos el baño turco. ¡No se deja de sudar en ella ni un segundo!

La ventilación de la gran nave, en la planta baja, es casi nula. Hay media docena de pequeños ventanillos, por los que no cabe un hombre, situados juntos al techo. Allí, en lo alto, construyeron una pasarela no muy ancha que es la que utilizan media docena de guardianes provistos de metralletas de tiro rápido.

Ellos son los que disfrutan de los accesos enrejados que enlazan con el gran patio de la cárcel y reciben así la leve brisa, apenas perceptible, de este caluroso verano.

También para ellos el servicio es temido y molesto por lo que pasean ceñudos, hoscos, irritables.

Nuestro turno finaliza a las dos de la mañana.

Clark, el otro compañerito querido, tardará más de un mes en ser dado de alta del hospital. Acabo de saber que le partí la clavícula por dos sitios. ¡Quién le manda tener los huesos tan flojos

a ese pájaro!

Según costumbre, y ya lo esperaba, nos han separado. Juntos somos más peligrosos que las bombas de hidrógeno que en el mundo lo han sido.

Ernest Raisner, nuestro repulsivo amigo, más repulsivo para mí que todos los criminales juntos, se ocupa de regular el paso del vapor en una especie de cabina de control, con muchos manómetros y palancas.

Hace tiempo que desistieron de colocarle en los grandes bombos metálicos porque se abstraía con exceso cuando le correspondía secar ropa femenina del asilo, provocándole crisis de melancolía. En dos ocasiones tuvieron que arrancarle por la violencia las prendas de entre sus manos crispadas.

«El Pastor» se ocupa de una de las máquinas y Wallace Coburn, el «destripacajas de caudales», clasifica en grandes montones lo que yo, y otros como yo, planchamos sobre las enormes mesas destinadas a tal fin y sirviéndonos de modernos aparatos.

Hay más de sesenta hombres ocupados día y noche en uno de los grandes negocios del presidio. Estos ingresos no sirven para mejorar la alimentación de quienes los hacen posible con su trabajo.

Yo no digo que el director se embolse los cuartos, pero sí le acuso de no preocuparse de que algunos dólares se dediquen a los reclusos por encima de la asignación diaria, mínima, que se nos acredita en nuestras cuentas y que se entregan a las familias o a los reclusos en el momento de salir. Si mueren algunos sin disfrutarlas, encerrados como conejos, y no hay herederos legítimos, esos fondos van a obras benéficas, nunca a nuestras ollas.

Las agujas del gran reloj eléctrico que hay en uno de los laterales avanzan con desesperante lentitud.

La hora prevista es la una y media de la madrugada. Entonces empezará el baile.

Miro a la puerta que enlaza con el cuadro de mandos de la gran nave.

Wallace Coburn se encuentra cerca y sabrá hacer lo que le corresponde, como los demás, aunque sólo él y yo nos beneficiaremos. Eso, claro está, solamente lo sabemos los dos. Cuando los otros se enteren ya será tarde.

Faltan diez minutos para la hora prevista.

El ruido del vapor, las conversaciones, el girar de los bombos forman un estruendo impresionante al que nos hemos habituado.

Miro a Raisner, quien se vuelve en ese momento. Nos comprendemos sin palabras.

Con una pila de ropa se acerca Coburn «al Pastor» y le dice algo en voz baja. Después se dirige al lugar donde se encuentra Ernest, como algo natural. Charlan unos segundos también.

El dispositivo está en marcha. Veremos si nadie se acobarda a la hora de la verdad.

Sonrío, íntimamente divertido.

Yo estoy en el secreto de muchas cosas. Permítanme amigos, la pequeña malicia de írselas comunicando poco a poco. Ya empecé a hacerlo al descubrirles mi condición de agente federal. Quizá no pocos lectores habrán empezado a adivinar grandes verdades. Mejor. Éste es el «transfert» ideal.

Observo a los que me custodian.

Realizan rutinariamente la vigilancia.

Ya sólo faltan seis minutos. Para representar mejor mi papel de buen recluso tomo la plancha mayor de todas y me lanzo a estirar blusones carcelarios.

Pese a que soy un hombre sin nervios, un fuera de serie —y nunca me cansaré de repetirlo— me sorprendo por dos veces mordiéndome el labio inferior y con la mirada fija en el reloj.

¿Saldrá todo según lo previsto?

Confío en que sí. Un fallo significaría recibir una bala en el esternón, caer sin pena ni gloria en un presidio.

El plazo se acorta.

No me vuelvo a mirar a mis cómplices, temeroso de que Sanderson, como de costumbre, no nos pierda de vista y sospeche algo.

Me abstraigo en mi trabajo, con el ardor de un «stajanovista», y noto que mis pulsos se aceleran.

El largo encierro, la falta de *whisky*, de una alimentación adecuada y de otras cosas, que me callo por pudor, me han afectado.

Cuando las dos agujas coinciden en las doce, cojo uno de los cables de la plancha y provoco un cortocircuito.

El chispazo es grande y la oscuridad absoluta.

Me muevo con rapidez. Las linternas de los guardianes se encienden. Me reúno a Ernest Raisner.

—¡Abre las válvulas de una maldita vez!

Varios chorros de vapor surgen de la cabina y una serie de disparos se producen al fondo de la nave. Banegat cumplió su cometido de arrojar los proyectiles, las seis balas del «38» que ocultábamos debajo de una de las losetas de la celda, al fuego de leña de uno de los fogones donde, en grandes ollas, se cuecen los productos químicos que suplen en gran parte a los detergentes, según idea genial de Sangiusto que aquilata los gastos hasta el último céntimo.

Un estruendo metálico me hace comprender que Coburn ha acelerado hasta el máximo el girar del bombo en el que trabaja y también los más próximos.

Suenan silbatos de los guardias, gritos de los reclusos y yo me cuelo por una pequeña puerta que enlaza con el patio de la cárcel.

La fuerzo sin dificultades. Alguien sacó previamente los tornillos de los cerrojos. Oigo un ruido a mi espalda y me vuelvo:

—¿Eres tú, Wallace?

—No. Soy Simón.

—¡Los planes eran…!

—No te esfuerces —suena la voz de Banegat—. Raisner y yo no nos separaremos de vosotros.

—Debíais de esperar a que forzáramos la salida en el cuarto de control y a que…

—¡No perdamos el tiempo! ¡Oí todas vuestras conversaciones en la noche! ¡No permitiremos que nos la juguéis suciamente! ¡O los cuatro fuera o los cuatro dentro! ¡Tengo una cuchara afilada en la diestra y Ernest otra!

Mis dudas son breves.

—¡Vamos! ¡Seguidme!

Descendemos por una escalera hasta el sótano. Huele a humedad.

Me consta que los guardianes vigilarán las tapias coa sus reflectores, cortocircuito sólo afectó a la lavandería, con un sistema eléctrico anticuado.

Finjo maniobrar en dos puertas, que se abren sin dificultades. En realidad, estaban abiertas.

—¿Dónde nos llevas? —inquiere Coburn.

—Saldremos por el depósito de cadáveres. Es el único acceso a la prisión que elude el patio.

—¿Habrá centinelas?

—Junto a los muertos, no. Por fortuna pude esconder en el tacón hueco de uno de mis zapatos un juego de ganzúas. Es el que ahora nos permite huir.

Mis palabras no las duda nadie. Tampoco es momento de pensar en falsas o verdaderas historias.

Lo que interesa es salir con rapidez de «la lata de conservas».

No hay dificultades. Jimmy Petermann realizó bien su trabajo de contacto y…

Pienso, divirtiéndome, en la cara de asombro que habrá puesto Richard Sangiusto al saber mi verdadera identidad. Tengo la certeza de que si le fuera posible se arrastraría a mis pies pidiéndome que olvidara muchas cosas que recordaré siempre… y que le haré tragar en su momento.

Yo, don perfecto, soy incapaz de rencor, pero…, ¡el que me la hace, me la paga!

Intento justificarme a mí mismo diciéndome que al cargarme legalmente a don úlcera de duodeno evitaré su despotismo carcelario. ¡Una cosa es la ley y otra el encono! Una cosa es que los delincuentes paguen sus culpas y otras que sean sometidos a tortura.

Nos hallamos en la gran sala donde se alinean una docena de mesas de mármol. En tres de ellas hay bultos tapados con sábanas blancas. ¡Ya no cumplirán su condena!

Hace frío. Dos aparatos de aire acondicionado mantienen la temperatura por debajo de los cero grados.

Junto a la puerta qué enlaza con el exterior, miro a Wallace:

—¿Habrá dificultades fuera? Somos cuatro en lugar de dos.

Coburn, me consta, está decidido a proteger a un regimiento con tal de verse libre. Responde:

—No, siempre que obedezcan mis órdenes.

—Y las mías.

—Y las tuyas, naturalmente. ¡No perdamos tiempo! Si en la lavandería repararon los fusibles sabrán que faltamos nosotros. Tal vez estén rodeando ya la cárcel por el exterior.

Yo sé que no. El plan concertado con Jimmy me daba diez minutos de oscuridad y, luego, vacilaciones en Sangiusto por otro tiempo igual antes de decidirse a actuar en serio.

Finjo que la cerradura, que sólo tiene echado el pestillo, se me resiste y oigo a mi espalda las respiraciones entrecortadas de mis compañeros de celda.

Hago bien la comedia.

—¡Maldita ganzúa! Se ha doblado.

Wallace se sitúa a mi izquierda.

—Déjamela a mí. Soy el más hábil con esos chismes.

—Ya no hace falta.

La puerta chirría al entreabrirla.

Coburn y yo nos asomamos.

La oscuridad es absoluta. El presidio está en las afueras de Trenton, en una zona de bosque.

—¡No hay peligro! ¡Guíanos hasta el coche, Wallace!

Corremos detrás de Coburn. Al otro lado de las tapias se oyen silbatos de los guardianes de prisiones. Supone que los focos barren los patios. Algunos reflejos llegan hasta nosotros, los procedentes de la torre central.

La idea de que los contactos de Wallace hayan fallado y nos apresen de nuevo me hace estremecer. ¡Ello significaría el fracaso de mis planes!

Una luz parpadea a veinte metros de distancia.

—¡Ahí están!

Avanzamos con rapidez. De un vehículo surgen dos sombras.

—Entra el primero, Ernest.

Es Coburn el que ha hablado. El aludido se dirige a una de las portezuelas, pero sólo avanza un paso. La mano, de canto, de Wallace, le pega en la nuca.

Veo desplomarse a Raisner como a un muñeco y oigo la voz tensa de Banegat.

—¿Conmigo también?

Algo brilla en la noche, que identifico. Es el afilado mango de una de las cucharas, tan peligrosas como un puñal.

—No. De Ernest, apenas oliese unas faldas, no podíamos fiarnos. ¡Larguémonos!

Yo me sitúo en la parte de atrás del vehículo, junto a Banegat y

a Wallace. No deseo tener a nadie a mi espalda.

Las dos sombras han entrado en el coche, que arranca, rápido, con los faros apagados.

—Enciendan las luces —hablo desde atrás—. No supondrán que estamos fuera de la cárcel. Cerré todas las puertas a mi espalda. Antes de que se cercioren de que no nos ocultamos en cualquier rincón de la penitenciaría y avisen a la Metropolitana nos hallaremos lejos.

Una voz de mujer, bien timbrada, inquiere:

—¿De acuerdo, querido?

—¡Linda! ¡No debiste venir!

—Tus riesgos son los míos, Wallace. Yo…

Intervengo, brutal:

—¡Basta de escenas románticas! ¡No quiero estrellarme después de salir de esa pocilga! ¡Da la luz de una cochina vez, Coburn!

El silencio es breve. Sin embargo, pesa.

—Hazlo, Linda. Es Robert Baker, del que te hablé. Él ha hecho posible la fuga. Nos acompaña otro amigo, Simón Banegat, el…

—¡Simón Banegat a secas! Al primero que pronuncie mi apodo le parto el cuello.

Dan gusto tan buenos modales. Expreso, burlón, tal idea en voz alta y oigo una leve risa, cantarina, de mujer y tal.

—Creí que ya no quedaban chicas en el mundo con sentido del humor —comento de nuevo—. ¿Quién es el hombre silencioso que va contigo, preciosidad?

El aludido gira la cabeza. Nos hemos acostumbrado a la oscuridad y puedo distinguir, aunque no con nitidez, un rostro ancho, algo deforme.

—Hola, Wallace. Diles a tus amigos quién soy. Es conveniente que lo sepan desde el principio para que no se pasen de listos.

Es ahora Coburn el que ríe, con tono bronco.

—Es mi segundo, Tobías Stelven, alias «matahombres». ¿Le recuerdas, Baker?

—¡Desde luego! ¡Estuvo a punto de ser campeón de boxeo de pesos pesados! Vi la pelea y aún no me explico por qué no ganó. ¡Era un formidable púgil hace cinco años! ¿Hubo tongo, Tobías?

—Un grupo de *gangsters*, me amenazó de muerte y tuve miedo. Me tumbé al noveno *round*, cuando mi adversario no podía

sostenerse en pie.

Por su voz advierto que le he caído simpático. ¡Ése era mi propósito!

—Celebro conocer a un campeón —agrego—. ¡Buenos amigos los tuyos, Wallace! ¿Dónde vamos?

—A un chalet en las afueras de Filadelfia. La casa está a nombre de Linda y no hay otras en los alrededores. Si la policía hace una visita, no nos encontrarán. Existe un sótano, al que se llega por una escalera oculta.

—¡Buena idea, Coburn!

No hablamos más. La carretera, bajo la potente luz de los focos del automóvil, se estrecha más y más.

Linda, la amiga íntima de Wallace, conduce con rapidez y destreza…

CAPÍTULO V

—Con permiso.

Tomo la botella de *whisky* en la diestra y, despreciando los vasos, que se alinean en el mueble bar como un disciplinado ejército, empino el codo.

Permanezco en tal postura hasta que la última gota pasa a mi garganta. Limpiándome los labios con el dorso de la mano, dejo el frasco sobre una mesa de centro y me acomodo en el diván del tresillo, con perfecta naturalidad.

Todos me miran en silencio, sin concebir que haya trasegado tal cantidad de licor sin respirar, y comento:

—¡Estaba sediento, amigos! ¡Esto es vivir!

De una caja de tabaco saco un cigarro puro que enciendo con un voluminoso mechero de plata que hay a mi alcance.

Aspiro el humo voluptuoso y contemplo a Simón Banegat, a Wallace Coburn, a Tobías Stelven y a Linda —le pusieron bien el nombre—, que permanecen en pie.

—Tuvimos suerte —hablo de nuevo—. ¡Podéis sentaros! ¡Estáis en vuestra casa!

Sólo «el Pastor», que me conoce a fondo, sonríe. Los demás permanecen serios como esfinges.

Voy posando la mirada de uno en otro, deteniéndome, por último, en la mujer.

Es una rubia escultural, una *vamp* de las que ofrece al mundo el cinematógrafo de mi país. Un auténtico *bibelot*, un regalo para el paladar más exigente.

Coburn supo elegir.

Como el silencio se prolongue, inquiero, con vaguedad:

—¿Y bien…?

Es Wallace el primero en reaccionar.

—¡Estamos de enhorabuena! ¡Trae más *whisky*, Linda! Baker no dejó nada para nosotros. ¡Me parece mentira estar fuera de aquella pocilga!

—¡Lo importante es que no volvamos a ella!

Es Banegat el que ha respondido. Tiene la diestra hundida en uno de los bolsillos del blusón de presidiario. Me consta que empuña una de sus afiladas cucharas.

Coburn se le encara.

—¡Claro que no volveremos! Conforme transcurran los meses se olvidarán de nosotros. Después, unas gafas, un bigote, algo más oscura la tez con el aire y el sol, un peinado distinto, buenas ropas y a vivir. ¡No habrá nadie capaz de reconocernos! Yo me ocuparé de que se nos hagan documentos falsos, desde carnets de conducir a pasaportes, por si las cosas se ponen teas y tenemos que largamos.

—¡Muy poderoso eres, Wallace!

—¡Más de lo que supones! Por eso, Robert, te prevengo. No te imagines que yo soy Richard Sangiusto o cualquiera de esos desdichados de Leo Sanderson o Frederick Clark.

Muerdo el puro.

—¿Qué quieres insinuar? ¿Que eres tú quien da las órdenes? ¡Eso ya lo sé! Siempre que no te pases de la raya y me mandes limpiarte los zapatos, estaré de acuerdo. A propósito, ¿dónde puedo darme un baño y cambiar de ropa?

—Stelven se ocupará de eso.

—¿Me enseñará también el pasadizo?

—Por ahora, no. Quizá no sea preciso utilizarlo.

Me pongo en pie, sumiso en apariencia.

—A tu gusto. ¡Ah! Una pregunta de importancia. ¿Vamos a jugar limpio todos?

Mis palabras tensan el aire. Coburn se apresura a afirmar y yo me conformo.

Ya en un pasillo, inquiero, cordial, al que me acompaña:

—¿No volviste a boxear desde entonces?

—Pasó mi oportunidad. Nadie quiso contratarme. Se supo, aunque no se pudo demostrar, que fue una pelea amañada.

—¿Conociste por entonces a Coburn?

—El era mi apoderado.

¡Vaya! Una nueva actividad, ignorada por mí, de «destripacajas de caudales».

—¿No luchó por librarte de las amenazas de muerte?

—Los dos nos acobardamos. Eran muy poderosos nuestros enemigos.

—Ya.

El monosílabo me hace recordar de pronto a Vincent Lubbok, mi jefe en el FBI. Gusta mucho de pronunciarlo cuando no sabe qué responderme.

—Te dejaré la ropa sobre una silla, en la puerta. Ése es el cuarto de baño. Creo que te vendrá uno de los trajes del jefe.

—Gracias, Tobías. Eres un gran muchacho y un excelente púgil. ¡Te admiro!

Sé que acabo de ganármelo por completo. Rodará por mí si se lo pido.

El agua de la ducha me conforta. Me siento otro hombre después de darme tres jabonadas y de frotarme a conciencia con una esponja sintética.

Hay colonia en la repisa del lavabo y me fricciono con ella, afeitándome después.

Se me apagó el cigarro puro en la repisa, pero llevo fósforos en el asqueroso blusón carcelario, que me imagino prenderán fuego.

Abro la puerta.

Stelven cumplió su palabra. Se olvidó de una camiseta, pero eso no importa.

El traje, la camisa, la corbata y los zapatos de mi número, un 41, son de buena calidad.

Salgo del baño, sintiéndome feliz, y pienso que la dicha, a veces, es algo tan nimio como un chorro de agua sobre la cabeza, un cigarro o tina copa de buen *whisky*.

Evoco a mis clásicos, a los que tuve tan olvidados durante mi encierro, y me digo, con Droz, que «con frecuencia algunos buscan la felicidad como se buscan las lentes cuando se tienen sobre la nariz».

Sólo me falta una cosa y camino con rapidez abriendo un par de puertas. Son alcobas que nadie ocupa, tal vez las destinadas a Simón Banegat y a mí. En la tercera veo ropas femeninas sobre la cama y entro rápido.

Hurgo en el armario primero y en la mesilla después. En el cajón superior encuentro una automática, de pequeño calibre, con el cargador repleto de proyectiles.

Me la guardo en el bolsillo lateral de la americana.

¡Ahora soy un hombre completo!

Un roce a mi espalda me hace volverme. Veo a Linda en el umbral. Su asombro no es fingido.

—¿Quién es? ¡Robert Baker!

—El mismo, monada —respondo con aplomo—. Cierra, no vaya a sorprendernos Coburn. ¡Sería un mal principio!

Se apresura a hacer lo que le indico mientras en sus ojos adivino una sombra de inquietud, de temor. ¡Es miedo!

—¿Qué te ocurre? ¿Le temes?

—¡Sal de aquí inmediatamente! ¿Por qué entraste?

Me acerco mucho a ella, que retrocede hasta que su espalda tropieza con la madera de la puerta.

—Estaba abierto y vi ropas de mujer. ¿Sabes lo que eso significa para un hombre, muy hombre, como yo?

Antes de que pueda defenderse, inclino la cabeza y poso mis labios sobre los suyos, mientras la sujeto la cabeza con ambas manos para que no se zafe.

La noto forcejear al principio, pero después se inmoviliza y sus labios se entreabren sobre los míos, como debe ser.

¡Soy un maestro en tratar con féminas! ¡Un verdadero experto!

Sin embargo, no vale tanto como Nancy, a la que deseo ver ardientemente una vez que acabe mi trabajo.

—¿Por qué lo hiciste, Robert?

Hago la comedia. Inclino los ojos.

—Perdóname. No supe contenerme. Ya me voy.

Me consta que en vez de una enemiga acabo de ganar una nueva aliada. Con Tobías Stelven son ya dos.

Tomo el puro, que dejé sobre el cenicero de la mesilla, y abandono la alcoba con rapidez, descendiendo al vestíbulo. Coburn, aún con ropa carcelaria, me mira. También se asombra de mi buen aspecto. A su derecha, Tobías.

—Pareces un caballero, Baker.

—Sí. ¿Vas tú ahora al cuarto de baño? Gracias, Stelven. Un día no lejano te demostraré mi amistad. Los zapatos son tuyos,

¿verdad?

¿Cómo lo adivinaste?

—Wallace tiene el pie más pequeño que el nuestro. ¿Hay más *whisky*? No temas, Coburn. Ya pasó mi sed devoradora. Tomaré sólo un trago.

—Hay varias cajas en la bodega. No te preocupes. Puedes serme muy útil, Robert. Piensa cuál va a ser tu transformación. ¿Te dejarás bigote?

—Es posible. ¿Hay prisa?

—No mucha. Me arreglaré yo ahora. Te toca el último, Banegat, salvo que utilices el baño de la planta baja. Es menos cómodo, pero sirve.

—No me importa esperar.

Observo que Coburn, antes de marcharse, hace un guiño significativo a su segundo.

Comprendo.

Le acaba de ordenar que no nos deje solos. Al salir dice:

—No te inquietes, Banegat, si tardo. Yo acostumbro a ser muy cuidadoso en mi aseo personal.

Sonrío con malicia y Wallace se da cuenta de que he adivinado sus verdaderas intenciones.

Sale y me sirvo licor en un vaso. Ante el mueble bar, inquiero de Simón y de Stelven:

—¿Queréis vosotros?

Simón rechaza el ofrecimiento. Sé que es un hombre parco de costumbres. Tobías me indica:

—Ponme un poco. La mitad que tú. El alcohol no me conviene. ¿Sabes que continúo entrenándome a diario, Baker? Tengo un pequeño gimnasio en el garaje.

—Haces bien. No debes abandonarte. Estoy seguro de que si te dieran una nueva oportunidad llegarías lejos. Aún eres joven. Joe Louis defendió su campeonato hasta los treinta y tantos años.

El «matahombres» es un ser primitivo. Cualquier palabra amable la agradece.

Presumo que Wallace Coburn no es un diplomático en el trato con los que dependen de él.

Procuraré ganarle por la mano y hacerme popular.

El peso del arma en la chaqueta me tranquiliza.

Sentado de nuevo, bebo despacio. Aplasto el cigarro puro en un cenicero metálico y me vuelvo a Tobías:

—¿Puedes poner la radio? Tal vez digan algo de nosotros en los boletines de noticias.

—Ya no. Son las cuatro de la madrugada. Sólo habrá música para los conductores de vehículos de carretera. De todas formas…

Se levanta y conecta un moderno aparato, situado junto a un televisor.

El programa es de música semiclásica, Strauss, Sibelius, Gilbert y Sullivan.

Estoy escuchando, precisamente, una de las obras más famosas de estos dos compositores, la obertura de
«H. M. S.
Pinafore», la popular opereta, cuando se produce algo no esperado.

Veo entrar en el *living* a Coburn, completamente vestido ya. En su rostro hay un gesto de dureza que no me gusta.

—¡Ponte en pie, Robert!

Entreabre la americana de forma que me sea posible ver la culata de un 38. Yo continúo sentado.

—¿Por qué?

—¡Voy a matarte!

Simón Banegat hunde la diestra en el blusón para apresar su arma blanca. Teme que le disparen también.

—¿Ya no te soy útil y quieres liquidarme?

—¡En pie! ¡Es mi última advertencia!

Muy tranquilo, siempre inmóvil, respondo:

—Quizá te obedezca. Dime antes qué te ha hecho convertirte en mi enemigo.

—¡Los puros dejan ceniza! ¡Te olvidaste de eso en el cenicero de la mesa de noche de Linda!

Me tranquilizo. Temí que se tratara de algo peor. Es una simple y estúpida escena de celos.

—¿Se trata de eso? Entré un segundo a coger esto.

Mis palabras tranquilas, el introducir despacio la mano en el bolsillo lateral de la chaqueta, no previenen a Wallace, quien, de pronto, se ve encañonado por la automática. Añado, aproximándome al que no se atreve a moverse:

—¿Pensaste que iba a disputarte la chica? No. Necesitaba un

arma para que nadie me tomara impunemente como blanco de una competición de tiro, para que nadie se creyera superior a mí. Coburn, acabas de cometer un tremendo error, pero soy más noble que tú, estimo a Stelven y a tu novia y no quiero tragedias entre nosotros. Por mi parte, no habrá traiciones. ¡Espero que te comportes bien con Banegat y conmigo!

Guardo de nuevo el arma que mantengo empuñada dentro del bolsillo y vuelvo la espalda al que, muy pálido, desconcertado, duda sobre la actitud a adoptar. *Al* fin, esgrime el 38.

—¡Vuélvete, Robert!

Lo hago, calmoso, y sin desconcertarme, le digo a Tobías:

—Creo que elegiste un mal jefe. Tú has visto que pude matarle o desarmarle. No se comporta bien.

Noto que Stelven, muy en lo íntimo, está de mi parte. No puede responderme porque la voz imperiosa de Wallace se lo impide.

—¡Va siendo hora de que comprendas que soy el que manda y te sometas! Así no tendremos dificultades. ¡Deja la automática sobre la mesa y retrocede con las manos en alto!

No me muevo.

—¿Qué ocurrirá si me niego?

—Entonces… ¡te llenaré el cuerpo de plomo!

Sé que no me amenaza en balde. Este fulano pretende clavarme las espuelas en los ijares para hacerme sentir que yo soy el caballo y él quien lo monta.

—¡Mal me conoces si imaginas que voy a convertirme en tu esclavo como Tobías o Linda! Los dos son dignos de mejor suerte.

Hago un elogio de «matahombres» y otro de la mujer, a la que he visto en lo alto de la escalera, contemplando la escena, y termino:

—La única diferencia es que tú enseñas el arma y yo te apunto con ella desde el bolsillo. Imaginé cuál iba a ser tu reacción y me previne. Por muy deprisa que dispares, siempre tendré tiempo de hacerlo a mi vez. Eres torpe, Wallace, al romper nuestra amistad.

La radio desgrana las dulces melodías de «Pinafore».

El gesto de Coburn me indica que va a jugársela, avanza un paso:

—Haz lo que te mando, Baker. No quiero que nada Irreparable ocurra entre nosotros, sobre todo desde que sé por qué entraste en

la habitación de Linda. ¡Temí que buscases una mujer, no una pistola!

—Tan peligrosa es una cosa como otra —bromeo—. Guarda tu cacharro y yo conservaré el mío como recuerdo de familia.

—¡No!

Quisiera hallar una salida honrosa que, sin someterme, zanjara la situación. Él se juega su prestigio de jefe. Yo la influencia que he empezado a ejercer en Stelven y en Linda.

—¡Allá tú!

Busco, en vano, una fórmula. A los dos nos ata el deseo de no rendirnos. De no haber testigos, la cosa quizá sería fácil.

La música se interrumpe de pronto, y la voz bien timbrada de un locutor dice:

—¡Atención, automovilistas! ¡Atención también a los vecinos que, pese a la avanzada hora, permanezcan a la escucha! Se han fugado cuatro peligrosos criminales de la cárcel de Trenton. Quizá intenten abordar un coche o penetrar por la fuerza en alguna casa. ¡Son gente dispuesta a matar! Sus nombres y descripciones son…

Mientras el locutor hace nuestra ficha, Banegat, que ha permanecido en silencio observándonos a Coburn y a mí, tal vez con la esperanza de que nos liquidemos mutuamente y erigirse en amo absoluto, comenta:

—¡Ernest Raisner pudo largarse también!

—Sí —responde Wallace—. Ladeó la cabeza y mi mano no le alcanzó de lleno. Escuchemos.

—… El más peligroso de los fugitivos es el llamado Robert Baker —prosigue el locutor—. Se sospecha de él como instigador de la fuga. Vamos a repetir sus descripciones y…

Me acerco al aparato y le desconecto. Después me encaro con el dueño de la casa:

—¿Nos comportamos como dos estúpidos matándonos, Coburn, o tomamos una copa juntos? Éste es un combate nulo. Ni tú ni yo nos alzaremos con la victoria.

Mi enemigo no duda y enfunda el 38.

—Como quieras, Baker.

La victoria ha sido mía. Lo advierto por cómo me contempla Stelven, quien se acomoda frente a mí, en uno de los sillones. Linda se nos aproxima también. Advierto que una de sus mejillas está más

roja de lo habitual y me alegro de ello.

Wallace se descalifica con rapidez. Lo bueno es que él no lo advierte.

Minutos más tarde parecemos una familia bien avenida, en torno a una botella de *whisky* y a varios vasos.

He encendido un nuevo cigarro puro. Simón Banegat desentona entre nosotros con su ropa de presidiario, pero pronto nos deja en compañía de Stelven, rumbo al cuarto de baño.

Inquiero, conciliador:

—¿Cuál es tu plan, Wallace?

—Permanecer encerrados unas semanas. Para tomar el sol utilizaremos el patio interior, entre el garaje y esta casa, a fin de que nadie pueda vernos. Después…, bueno… Ya hablaremos. ¿Podemos fiamos de «si Pastor», Robert?

—Es seguro que él se formula ahora idéntica pregunta. No nos estorba y es más inteligente de lo que parece. Le conoces como yo. No habla apenas, pero sabe pensar. Puede ser muy útil en cualquier organización. A propósito, Coburn, además de destripar cajas de caudales, ¿a qué otra cosa más lucrativa te dedicas?

Mi pregunta, directa, alcanza el objetivo previsto. Wallace parpadea, signo de nerviosismo. No niega.

—Eso no importa, Baker. Es posible que.

El timbre del teléfono, situado sobre una repisa, en un extremo del *living*, me sobresalta.

Coburn se pone en pie y descuelga el auricular. Todos escuchamos sus palabras.

—Sí, en efecto. Éxito completo. Gracias por todo… Cuando quiera, pero avíseme antes a fin de que el grupo de amigos que me acompaña no pueda verle. De acuerdo. Adiós.

Cuelga y nos mira.

Despacio, con una sonrisa de triunfo, de estúpida superioridad, se acomoda junto a Linda, en el diván.

—Las cosas marchan bien, muñeca. Te compraré un abrigo de visón para que olvides lo de hace un rato.

Ella hurta un poco el cuerpo, como si quisiera no sentir el contacto de Coburn, quien, absorto en sus ideas, no lo nota.

—Celebro que sean buenas noticias —digo—. Tratas al que te habló con mucho respeto. ¿Es el que te facilita los buenos negocios?

No se enoja conmigo.

—¡Eres muy listo, Robert! Si no te pasas, te convertiré en un hombre poderoso.

—Eso espero.

—Dame la pistola de Linda. No quiero aquí más armas que las mías y las de Stelven.

Con el rabillo del ojo veo que el segundo de Wallace, que se dispone a entrar, se ha detenido al oír su nombre. Comento:

—¡Gran persona ese boxeador! ¡Pudo haber sido algo grande en el mundo pugilístico! Quizá aún ahora consiguiese…

—¡Bah! —me interrumpe Coburn—. ¡Está acabado!

—No opino igual que tú. De todas formas, es un tipo formidable.

El «tipo formidable», ceñudo el rostro, se nos muestra. Toma un vaso de *whisky* y con él se sitúa junto a uno de los ventanales, cubiertos por cortinas.

Imagino lo que piensa. Empieza a odiar al que siempre estimó. ¡Buen «psicólogo» que es uno!

Todos callamos. Linda es la primera en levantarse.

—Me voy a acostar. Estoy rendida.

—Yo también lo haré —decide Coburn—. Dile a Baker cuál es su cuarto, Tobías, y haz lo mismo con Banegat cuando salga del baño. Vamos, querida.

Continúo sentado mientras la pareja abandona el *living*. Me dirijo a Stelven.

—Quisiera acabar este cigarro. ¿Te importa? Te haré compañía mientras Simón viene. Háblame de tus combates. Soy aficionado al *box*.

Los ojos de alias «el Matahombres» se animan y empieza a referirme su vida de pugilista.

Yo le escuchó con atención. No necesito fingirlo. Tal vez en el pasado de Tobías se oculte algo de la vida de Coburn.

Pregunto cosas y consigo que Stelven se me entregue. Hay entusiasmo en sus palabras al referirme a sus éxitos, a su gancho de izquierda irresistible, a su buen juego de piernas, a cómo utilizaba las cuerdas para desconcertar a sus adversarios, a su dura mandíbula de encajador.

Ninguno sentimos entrar a Banegat hasta que no está junto a nosotros. Viene pisando sobre los calcetines. Lo comprendo. Debe

gastar un 43 o un 44.

Le miro y le admiro.

El traje, que le viene algo corto de mangas y de perneras es oscuro y le da un aspecto venerable.

Sí. No cabe duda de que este hombre tiene personalidad y un pasado que no he conseguido todavía descubrir. Tal vez llevase vida religiosa antes de ingresar en la cárcel. ¿Qué le condujo al presidio de Trenton?

—Pareces otro, Simón. Procuraremos que Linda te compre mañana lo que necesitas, unos zapatos sobre todo.

—No quise ponerme los de allí. ¡Huelen a diablos!

—Sí. Te alabo el gusto. ¿Nos indicas cuáles son nuestras alcobas, Tobías? Seguiremos charlando. Tenemos tiempo.

Le golpeo en la espalda con afecto y tomo la botella de *whisky* y mi vaso.

—No tengo sueño. Estoy seguro de que no podré dormir. Esperaré a que amanezca, tumbado en la cama, entre trago y trago.

Como sospechaba, Stelven nos conduce a las habitaciones del primer piso y se despide de nosotros.

—¿Te importa que hablemos un rato tú y yo, Robert? —me pregunta Banegat.

—¡Al contrario! Iba a proponértelo. Pasa.

Una vez dentro, cierro la puerta, me quito la americana y los zapatos y me echo sobre la colcha. Simón se acomoda en una descalzadora.

Yo, zorro viejo, espero a que él rompa el fuego. Lo hace:

—¿Crees que puedo fiarme de Wallace?

Esperaba algo parecido. Giro la mirada alrededor y respondo, convincente:

—¡Claro que sí! ¡Es un gran tipo!

—Sin embargo, no le diste la pistola. La segunda vez que te la pidió desviaste la conversación al entrar Stelven.

—Bueno. Fue una cabezotada. Debes olvidar que quisimos jugártela. A ti y a Ernest. Era lo natural en nuestras circunstancias. Quizá vosotros dos hubieseis hecho lo mismo. Dentro de la cárcel todos nos convertimos es fieras, en seres de instinto. Aquí no será igual. Wallace hará honor a su palabra. Tengo fe en él, en sus amigos. El que le llamó por teléfono debe ser uno de los que le han

convertido en poderoso.

—¿Cuáles crees que son sus actividades, Robert?

—Lo ignoro, pero hace algo más que destripar cajas fuertes por propia iniciativa. ¡Salta a la vista su forma de vivir!

Banegat duda. Se decide al fin.

—¿Iremos tú y yo de acuerdo? ¡Nos conviene a los dos!

—Mejor diría a los tres, sin excluir a Coburn. Si actuamos en equipo será mejor para todos. Querámoslo o no, dependemos de él.

Banegat reflexiona unos minutos, que yo respeto, con una sonrisa irónica bailándome en los labios. Al fin, «el Pastor» decide:

—Me tranquilizas, Robert. Te dejo. Dormiré un rato.

—Hasta mañana, Simón.

Apenas mi compañero sale de la alcoba, me apresuro a atrancarla por dentro colocando el respaldo de una silla en uno de los salientes de las molduras, y silencioso, merced a haberme quitado los zapatos, descubro detrás de uno de los cuadros de las paredes un micrófono disimulado.

Lo imaginaba. Por eso me mostré tan optimista.

Saludo, burlón, al espía y corro de nuevo sobre lo que él le oculta, una litografía inglesa de caza.

Yo no soy el zorro sino el montero.

Que conste.

CAPÍTULO VI

Tres días y tres noches inacabables.

Setenta y dos horas.

Cuatro mil trescientos veinte minutos.

Doscientos cincuenta y nueve mil doscientos segundos.

¡Una eternidad para un hombre de acción como yo, Robert Baker, el no va más en agentes federales!

En nuestra pequeña comunidad de fuera de la ley nos llevamos como hermanos. ¿No conocen la anécdota, lectores?

Sucedió en Texas. El gobernador hizo una visita a una Cooperativa maderera. Le recibió la directiva en pleno y al preguntar la máxima autoridad del Estado qué tal eran las relaciones personales de los allí reunidos, el presidente contestó: «Nos llevamos muy bien. De vez en cuando surge una diferencia y nos golpeamos con sillas o nos arrojamos los tinteros de las mesas al rostro, pero… ¡como hermanos!».

Coburn, aunque más confiado, sin duda porque oyó mi diálogo con Banegat, no termina de entregarse y me vigila. Tobías Stelven aparece en los lugares más extraños, sin previo aviso. Lleva tres noches montando guardia debajo de las ventanas de mi dormitorio, oculto detrás de unos arbustos.

Se han iniciado ya nuestras transformaciones. Simón Banegat se está dejando barba cerrada. Yo sólo bigote.

Tomamos el sol largas horas y nuestra tez, pálida por el encierro en la penitenciaría, ha cobrado un color distinto.

Por la radio y la televisión sabemos que la búsqueda continua. Nuestros retratos, el de Ernest Raisner también, ocupan la primera plana de todos los periódicos.

Como de costumbre, los periodistas «inflan el globo» de forma

sensacional. Yo soy el blanco de sus iras, aunque mi foto de presidiario es muy deficiente, previsto ya por Vincent Lubbok y su departamento del
F. B. I.,
a fin de que nadie pueda identificarme con el genio federal. Estoy seguro de que ni mi propia madre me habrá reconocido.

De todas formas, el deseo de no fracasar y la certeza de que, tarde o temprano, podré conocer al que habló con Wallace por teléfono, me han hecho más que prudente y no me arriesgo a un contratiempo que me sería funesto.

Me hubiera gustado ponerme en contacto con mi jefe inmediato para revelarle nuestro paradero, a fin de que nos sometieran a discreta vigilancia, por lo que pudiera suceder, pero me ha sido imposible.

Los teléfonos tienen una desviación, según he podido comprobar. Un cable, muy fino, me indica que todas las conversaciones son grabadas. ¿Cuál es el emplazamiento del magnetófono? Tampoco logré saberlo.

Linda huye de mí.

Imagino que Coburn se lo ha ordenado tajantemente. Lo comprendo. Soy más guapo y más hombre que él.

Palabra, amigos.

Languidezco en mi encierro y en mi inactividad como un lirio azotado por la brisa cálida del…

Es el recuerdo de Nancy, mi rubia, el que me entristece, convirtiéndome en un sentimental. ¡Pronto podré verla!

¿Cuánto tiempo se prolongará esto?

No hago más que formularme tal pregunta y…

¡No cabe duda! ¡Es el ruido del motor de un automóvil!

Respiro con alivio al comprobar que el sonido ni se acerca ni se aleja. Sin duda, en el garaje, alguien calienta uno de los dos coches. ¿Para salir?

Camino hacia un pequeño edificio contiguo al chalet. Tobías Stelven, mi inefable «matahombres», se halla al volante de un «Ford» negro último modelo, que arranca, muy despacio, hasta abandonar su refugio, y se detiene.

—¿Vas a la ciudad?

—No lo sé, Robert. Wallace me ordenó que le sacara el

automóvil. Parece que es él quien viaja.

—¿No será peligroso?

Stelven se encoge de hombros.

—Es cosa suya. Yo, como de costumbre, me limito a obedecer. Al jefe no le gusta que le hagan preguntas.

—Tendrá que habituarse a contestar las mías. Si le apresan nos pondrá a todos en peligro.

—¡No hay policía en el mundo capaz de capturarme vivo! ¡Estate tranquilo!

Me vuelvo. Coburn va a introducirse en el automóvil, después de rodearme, pero me interpongo entre él y la portezuela.

—¿Dónde vas?

—¡No te importa! ¡Es cosa mía! ¡Aparta!

Tiene la diestra muy cerca de la culata de su «38», que pende de su funda axilar. Tranquilo, insisto:

—Me apena tu falta de memoria. Acordamos ser como hermanos siameses, al menos hasta que el peligro cesara. «No harás ningún nuevo trabajo sin mi conocimiento». Tales fueron mis palabras. ¿No las recuerdas?

—Palabras, Robert, tú lo has dicho. Ahora lo que interesa son las obras y…

Desenfunda con rapidez.

—¿Vamos de nuevo a crearnos dificultades mutuas, Wallace?

—No. Sólo a poner las cosas en su sitio. ¡Métete en el chalet y no vuelvas a interferir!

Finjo someterme y me encojo de hombros.

—Tú mandas. De todas formas…

Actúo con tal rapidez que cuando Coburn quiere advertir mi ataque ya está en el suelo.

Le golpeé con fuerza en la mandíbula y permanece medio inconsciente. Como no soltó el revólver, le piso la muñeca armada, incrustándosela en la tierra, mientras empuño la automática de que me apoderé en el cuarto de Linda.

Me vuelvo, sin levantar el pie, y advierto que Stelven me encañona, también con un «38».

Nos miramos.

—¡Espera órdenes, amigo! No hagamos un disparate matándonos. La ventaja no está de parte de ninguno. ¡Deja el

revólver en el suelo y ponte en pie, Coburn!

Wallace no se resiste. Le ha impresionado mi forma de combatir.

Nos miramos los tres.

—¡Déjanos solos, Stelven!

«Matahombres» se aleja. Las acciones de Coburn siguen bajando. Las mías han subido diez enteros.

El silencio es largo. Yo no tengo prisa.

Wallace se frota la muñeca, dolorida por el pisotón. Clava sus ojos en los míos.

—¡No debiste hacerlo!

—Hay otras muchas cosas que debo yo reprocharte. Ésta es la oportunidad de que resolvamos de una vez los problemas. ¡Tú no mandas en mí!

—¡Ni en mí tampoco!

Banegat entra en escena. Va en mangas de camisa, sin corbata, y con zapatillas.

Le pregunto:

—¿Oíste?

—Todo. Y tienes razón, Baker. A este pollo tenemos que cortarle los espolones.

—¡Sin mí la Metropolitana os atraparía en veinticuatro horas!

—¡Sin mí no hubieras salido de la cárcel!

Guardo la automática y Coburn se lanza sobre el «38». En el aire, su mandíbula tropieza con la puntera de mi zapato y suena un seco «crak».

Rueda como un fardo y cojo el «Colt», que entrego a Simón.

—Toma. Consérvalo tú. Ahora…, ¡en pie, Wallace! ¡Voy a demostrarte quién es aquí el jefe! Prepárate a luchar.

Giro la vista alrededor. Stelven y Linda se encuentran en uno de los accesos al patio, sin ánimo de intervenir, a juzgar por su actitud.

Me acerco a Banegat.

—Vigila a Tobías y a la chica —susurro a su oído—. Si es preciso, mantenles a cubierto con el arma.

—¿Qué vas a hacer?

—Enseñarle los dientes a Wallace.

Me separo de «el Pastor», quién se ha situado de forma favorable para cumplir mis instrucciones. Su diestra, descansa, como por descuido, sobre la culata del «38», que ha metido entre el pantalón

y la camisa.

Aguardo a que Coburn termine de incorporarse y se rehaga.

—¡Quítate la chaqueta! ¡No irás a ningún sitio! ¡Sobran las armas de fuego que arman tanto ruido! Si quieres llegar al automóvil, tendrás que tumbarme a golpes.

—¡Lo haré!

Se lanza sobre mí, ciego de furor. Le esquivo en un ágil esguince, y con la mano plana le golpeo en el oído izquierdo. Sé lo que el impacto significa y por ello no me extraña el alarido de dolor de mi enemigo.

—Con la americana no tendrás la rapidez necesaria —ironizo—. Te doy tiempo a que, como yo, te pongas en mangas de camisa.

Lo hace, trabajosamente. Tarda más de lo necesario, pero yo finjo no advertir que quiere serenarse, recobrar la completa lucidez.

—Tómate el tiempo que quieras, ricura —me burlo—. Despídete de las caricias de Linda. Te voy a dejar la cara irreconocible. No se te va a poder rozar ni con el pétalo de una rosa. Un símil poético, ¿no te parece? Debo advertirte que no me sorprende tu actitud. La esperaba. Por salir de la cárcel me hubieses lamido los zancajos. Ahora pretendes convertimos a Banegat y a mí en tus esclavos. Te equivocaste de hombres, «destripacajas de caudales».

—Veremos.

Está tranquilo, peligrosamente sereno.

Yo también.

Baila alrededor mío, con la guardia muy alta, lanzándome un directo con la izquierda, que esquivo.

—¡Has visto muchos combates por televisión! Aquí no te salvará el gong y…

Me lanza un
uno-dos
muy rápido que se estrella en mis antebrazos. Antes de que retroceda, como se ha cubierto el rostro con los puños, le hundo mi brazo derecho en el estómago, con un golpe brutal.

Salto hacia atrás, pero mi precaución es inútil. Wallace se encoge, gimiendo, sin contraatacar, y yo aprovecho para enderezarle con un *uppercut* graduado. No deseo que pierda el conocimiento. Sólo darle una lección inolvidable.

Se aparta, tambaleante, siempre con la cara cubierta, y le aplico

un izquierdazo al hígado y otro a las costillas.

Entonces, hace lo que yo esperaba, bajar los codos. Mis puños le machacan ambas cejas y le parten el labio superior. Se salva de la lluvia de golpes corriendo hacia atrás.

No le sigo. Está al borde del fuera de combate y le quiero en pie todavía.

Se limpia la sangre a manotazos y respira hondo.

Yo, con el rostro intacto, sonrío. Juego un naipe más de mi baraja de ases.

—No me explico cómo el bueno de Stelven soportó tu despotismo. El, que es mucho mejor que yo, pudo matarte a golpes.

Imagino a Tobías lleno de vanidad. Quizá mi comentario le contenga, si pensaba salir en defensa de Coburn.

—Si tienes miedo, damos por terminada la pelea, Wallace. En lo sucesivo me pedirás permiso para todo. ¡Yo soy el que da las órdenes!

—¡Maldito intruso!

Vuelve a arrojarse sobre mí, ya sin alardes de púgil profesional, con los puños cubriéndose los pómulos, encogido, para que los codos le protejan el estómago.

Salto a la derecha antes de que impulse sus brazos hacia adelante. Al girar, Coburn se descubre la nariz.

Se la aplasto materialmente y mientras retrocede, aturdido, ya a la defensiva, le castigo el hígado, el estómago, otra vez las cejas, le machaco los labios, le trituro materialmente, pero…

Sigo deseándole en pie.

¿Crueldad? ¡No! ¡Este gusano merece cien veces la silla eléctrica! Es un matón de guardarropía, capaz de golpear a una mujer, como hizo con Linda.

Me detengo de nuevo, sin asestarle el golpe de gracia.

Sus facciones son ya un amasijo sanguinolento.

¿Les dije que fui campeón de boxeo en la Universidad, que rechacé varias ofertas para convertirme en profesional? ¿No? Pues ya lo he hecho. Soy, ahora, mejor que Stelven, al que he visto entrenarse en su improvisado gimnasio. El pobre diablo no es ni sombra de lo que fue.

Pienso todo esto, cara a Coburn, distraído en apariencia, dándole una oportunidad para que vuelva a atacarme.

Lo hace, con más rapidez de la que yo esperaba, y está a punto de alcanzarme en el mentón.

Ahora sí me empleo a fondo, sólo a su cara, descubriendo, incluso, mi guardia. Cuando, con un gemido, se desploma igual que un fardo, su faz es irreconocible. No hay milímetro en su piel que no tenga heridas o profundas moraduras.

Chorrea sangre por las cejas, la nariz y la boca.

Es un gusano sangriento.

Me toco en el pómulo izquierdo, donde me alcanzaron dos izquierdazos sin fuerza, y me vuelvo a Stelven.

—Lo siento —digo—. El me obligó a comportarme así.

A Tobías, alias «matahombres», le brillan los ojos de excitación.

—¿Por qué no peleamos ahora nosotros?

—Me vencerías, amigo. Además, nada tengo en contra tuya. Llena el baño de alcohol, Linda, y sumérgele la cabeza. Será la única forma de curarle. Vamos dentro, Banegat.

Simón, en silencio, me sigue. Una vez en el *living* lleno dos vasos de *whisky* y tiendo uno a mi compañero. Antes de que lo rechace, según costumbre, le digo:

—Por favor, acéptalo. Es como un pacto de amistad. Sé que no me porté bien en la cárcel contigo queriendo dejarte allí después de que colaboraras en la fuga. Ahora me alegro de tenerte a mi lado. Tú eres inteligente y buen psicólogo. ¿Soy un individuo en el que se puede confiar?

Simón vacila. Bebe un trago y sus mejillas se colorean.

—No —responde— pero eso no importa. Me gustas más que Coburn.

Lanzo una carcajada.

—Eres un fulano listo. Conserva ese revólver. Las cosas pueden ponerse difíciles. ¿Me contestarías a una pregunta?

—Depende.

Me acomodo en uno de los sillones. Banegat me imita.

—¿Fuiste, de verdad, pastor protestante?

Enrojece más, y no por el *whisky*. Su respuesta, tras muchas dudas, es bronca, apenas audible:

—Sí.

—¿Por qué escapaste? Tu condena era sólo de diez años y…

Comprendo, tarde, que acabo de dar un paso en falso. El me

mira con fijeza:

—¿Cómo lo averiguaste?

—Don úlcera de duodeno, intentando convencerme para que aceptara el puesto de escribiente, me habló de los que compartían conmigo la celda, ofreciéndome el traslado a una donde estaría solo.

Veo que la respuesta, lógica, le satisface.

—El sabía que yo era un hombre de religión.

—Yo tampoco lo ignoraba. Quise comprobar tu sinceridad.

Íntimamente, respiro con alivio. Salí del trance sin dificultades. Simón Banegat reflexiona. Al fin responde a la pregunta que le formulé:

—Me faltaban ocho años y cuatro meses por cumplir. Cuando ese tiempo hubiera pasado, yo sería un viejo en el mejor de los casos. La vida en esa cárcel agota a los hombres, los machaca, los extermina. Además…

—¿Vas a decirme que te acusaron injustamente?

—No. Quise reparar una terrible injusticia y me vi obligado a defenderme para no morir. Mi contrario recibió un duro golpe en la sien. El fiscal enredó tanto las cosas que acepté como un tonto la culpabilidad en homicidio en segundo grado. Estaba tan aturdido que hice lo que me mandaron. El presidio me endureció. Ahora sólo deseo escapar del país y rehacer mi vida en cualquier rincón del mundo.

Sé cuándo un hombre habla sinceramente.

—Hiciste mal en huir, pese a todo. Por buena conducta…

Me interrumpe. Sus ojos chispean de ira.

—¡Nadie observa buen comportamiento en el presidio de Trenton! Richard Sangiusto es un indeseable, peor que todos los que custodia. De allí no se sale más que muerto. No te equivoques ahora al juzgarme. No soy el hombre al que condenaron. Me he convertido en una fiera, capaz de todo por seguir libre.

Bebo el *whisky*, sin un comentario, y me acomodo en el diván. «El Pastor» me imita.

Tobías Stelven aparece en el umbral se detiene.

Banegat cruza una rápida mirada conmigo y le hago un gesto para que permanezca quieto, mientras me pregunto qué actitud va a adoptar el hombre de confianza de Coburn.

Se decide, al fin, y se sirve licor en un vaso, que bebe despacio.

—¿No te sientas, Stelven? Conviene que hablemos.

Obedece. Éste es un individuo acostumbrado a hacer siempre lo que le mandan.

—¿De qué, Robert?

—De tu jefe. No creas que voy a suplantarle, aunque valgo más que él. Tan sólo pretendo que no nos ponga en peligro y que cumpla lo que pactamos antes de la fuga. Es el dueño de lo que hay aquí y no se lo arrebataré. ¿Por qué no nos llevas a ese escondite? Quisiéramos saber dónde ocultarnos en caso de peligro. Es absurdo que lo ignoremos.

Linda, que entra en el *living* procedente del interior de la vivienda, interviene:

—Yo lo haré, Tobías. Coburn duerme. Le di un somnífero, después de una rápida cura. Vigila el exterior. Seguidme.

No espera respuesta y se dirige hacia la cocina. Al llegar a ella abre una puerta, que parece la de la despensa, y entramos los tres en un pequeño cuarto. Al fondo hay una cortina y detrás una anaquelería con provisiones, que bascula con suavidad a la presión de los femeninos dedos.

—Buen *camouflaje* —comento.

—Sí.

Descendemos por una estrecha escalera. Yo me he situado junto a la mujer y noto la proximidad de su cuerpo joven, turgente.

Pronto llegamos a una especie de bodega, bien saneada pues no huele a humedad. La iluminan dos bombillas.

Observo que apenas hay muebles. Sobre una mesa de escritorio, un magnetófono y varios carretes de cintas grabadas o por grabar.

—¿Es ahí donde Coburn registra lo que se habla por teléfono?

Linda me contempla con asombro.

—Sí. Hay un dispositivo que pone en marcha el aparato apenas se descuelga el audífono. ¿Cómo lo averiguaste?

—Eso no importa ahora, preciosidad. He vivido con Wallace muchos meses y soy observador.

Veo varias sillas, dos sillones con la tapicería reventada y una barrica, sin duda conteniendo vino.

No hay más si exceptuamos el polvo y una caja fuerte, en la que acabo de reparar, empotrada en el muro. ¡Un buen descubrimiento!

—Gracias por esta prueba de confianza, Linda. ¿No me odias por haberte estropeado a Wallace?

Ella mira a la escalera, sin duda temerosa de que Tobías Stelven pueda oírla.

—Celebro que alguien le diera una lección. Quizá fuiste excesivamente cruel, pero…

Sus ojos se clavan en los míos y adivino en las femeninas pupilas algo que ya he visto muchas otras veces en mi trato con señoras.

Salimos del sótano en silencio, volviendo al *living*.

«Matahombres» permanece donde le dejamos. Ha vuelto a servirse más *whisky* y nos mira en silencio.

¿Qué estará pensando?

Tal vez nada. Su cerebro, chiquito, no le permite esos lujos, propios de los racionales…

CAPÍTULO VII

Es indudable que la vida en la cárcel me ha debilitado. Llevo apenas quince minutos corriendo y tengo que detenerme para tomar aliento.

Hace dos horas abandoné mi dormitorio. Salté por la ventana con un propósito cumplido ya: telefonear a mi jefe, el inspector Vincent Lubbok.

No fue tarea difícil encontrar una cabina pública en los arrabales de Filadelfia.

He podido comprobar, a costa de mi sobresalto, que la vigilancia alrededor de la ciudad es muy grande. Coches patrullas y agentes de la Metropolitana a pie han establecido un cerco absoluto, que me fue difícil romper.

¿Cuál es la causa? Lubbok fue el primer sorprendido cuando se lo dije. Ignoraba tal hecho y prometió informarse.

Recuerdo, tumbado en tierra, unos metros al borde de la carretera y oculto tras unos matojos, las frases amables que me dedicó Vincent, contra su costumbre, al formularle varias hipótesis.

En todo estuvo de completo acuerdo.

Comprende lo mucho conseguido por mí, partiendo de cero.

Me queda lo más difícil y debo actuar sólo para no comprometerlo todo. Ello entraña un riesgo mortal.

—Carta blanca, Robert. No lo olvides. Cumpliremos exactamente tus instrucciones. Suerte.

Éstas fueron las últimas palabras de mi jefe, que no me confortaron en absoluto.

Consciente del valor de los segundos, vuelvo a incorporarme y reemprendo la carrera para detenerme debajo de la ventana de mi alcoba.

Me aferró al canalón, temeroso de que no aguante mi peso, y comienzo la subida.

No me resulta difícil, merced a las clavijas de hierro empotradas en el muro, que sustentan el tubo de zinc, encontrarme de nuevo a la altura de mi ventana.

Entro, procurando no hacer ruido, y al girar el torso me inmovilizo. Linda fuma sentada en la descalzadora, con su cuerpo mal tapado por una bata de encaje transparente.

—Hola, monada —digo, sin turbarme—. Salí a dar un paseo, a reconocer los alrededores, por si hay que largarse de mala manera. ¿Llevas mucho tiempo esperándome?

—Acabo de entrar. ¿No te era más fácil salir por la puerta?

—No me gusta que nadie me siga y Tobías lo hubiese hecho. A propósito, ¿sabes que hay un micro…?

Me interrumpe:

—Lo desconecté. Sé hacer bien las cosas. Además, Coburn no está en casa.

Maldigo para mis adentros.

—¿Pudo tenerse en pie?

—Sí. Recibió una llamada y se largó. Para que nadie le oyera, él y Stelven, que le ha acompañado porque no se encontraba en condiciones de conducir, empujaron el coche hasta la carretera, sin poner en marcha el motor. Banegat duerme. Apliqué el oído a su dormitorio y ronca igual que una locomotora. Nadie nos molestará.

—¿Para qué? —pregunto, ingenuo.

Se pone en pie y la leve tela que la cubre se entreabre de tal forma que la saliva se me espesa. ¡Son muchos meses de castidad presidiaría!

Sin embargo, me trago mis deseos, que ya es tragarme. Desde mamá Eva, la del Paraíso, las féminas no han hecho sino complicamos la vida a los pobrecitos adanes como yo.

—¿No te lo imaginas?

—No. ¡Soy una cándida paloma!

Se me pega como una lapa y, sin más palabras, me ofrece sus labios. La beso, larga, prolongada, interminablemente, procurando no perder la cabeza, pero todos mis buenos propósitos se oscurecen.

Ella no es una tímida colegiala. Palabra.

Les prohíbo que lo duden, amigos.

¿Dónde leí lo de corramos un tupido velo?
No lo recuerdo.
No lo sé.
Pero…
Corrámoslo.
Es lo discreto. Y lo decente…

* * *

—¿Cuál es tu juego, Baker?

Estamos en el *living*, en el mismo diván, muy juntos, no por culpa mía. Ella se ha puesto una falda y una blusa, muy ajustadas ambas. Juega con unas zapatillas, entreteniéndose en situarlas en las puntas de sus dedos.

Todo este tejemaneje, tan femenino y poco puritano, sube su falda hasta límites inconcebibles. Ni «mini» ni nada.

Este Vesubio en erupción, y sé lo que me digo, piensa utilizar sus encantos en provecho propio, un juego en el que son maestras las señoras. Espera a que yo le conteste.

—¿Qué pasaría si te dijera que pienso forzar, de un modo u otro, a Coburn a que me entregue un grueso fajo de billetes para largarme lejos de Estados Unidos? Mi meta es Méjico para, desde allí, saltar más al Sur a Chile o Uruguay. ¿Vendrías conmigo?

Se me pega más, lo que parecía imposible.

—¡Claro, Robert! ¿Lo dudas?

—Para no dudarlo, deberías contarme todo lo que sepas de Wallace. Necesito saber su punto flaco. ¿Quién es el que le hace esas misteriosas llamadas? ¿Cómo un «destripacajas de caudales» sin inteligencia puede ganar el dinero con tanta facilidad? ¿Cuál es el secreto? Te escucho.

Es una prueba dura. La del fuego. ¿Cómo responderá a ella?

Me besa apasionadamente y se le cae una zapatilla. Así contestan las féminas cuando quieren callarse.

Yo aprieto los labios, frío como el hielo. No me gusta que nadie me suponga un faldero.

Linda se aparta apenas de mí.

—¿Qué te ocurre?

—¡Nunca mezclo los negocios con el placer, querida, y

estábamos hablando de negocios! Nadar y guardar la ropa es algo divertido, pero no me va si lo que arriesgo es la piel.

Me mira, temerosa.

—¿Puedo confiar en ti?

Sostengo mis ojos en los suyos hasta que la obligo a desviarlos. Digo, luego de un largo silencio.

—Ese problema debes resolverlo tú. ¡Bájate la falda! ¡Me escandalizas!

Se apresura a obedecerme.

—¡Tengo miedo, Robert!

—Yo, no.

Enciendo un cigarro puro. Fumar es la forma de mantenerse a distancia de una incendiaria como esta prójima.

No llega a hablar. Suena el motor de un automóvil y observo cómo ella se separa de mí. Es indudable que Coburn la acobarda.

—¿Llega el domador, Linda?

Su rostro se tensa.

Espero, tranquilo en apariencia.

¿Vendrán solos Wallace y Tobías o les acompañará el hombre al que me interesa descubrir?

No traen acompañantes.

El rostro de Coburn es un universo de heridas y moraduras. Si yo fuera un individuo sensible, tendría pena, pero no lo soy. Lo que no resulta malo es para caminar por la vida.

—Veo que me la jugaste —es mi saludo.

Hace una fea mueca. ¿Una sonrisa imposible de conseguir? Advierto que crispa ambos puños. ¿Va a lanzarse sobre mí esgrimiendo un revólver o se contiene para no vapulearme? Sucede lo último.

—A medias. Para mañana por la noche tenemos un trabajo rentable. Tú, Stelven y Banegat me acompañaréis. Ganaremos cada uno dos mil dólares.

—¿Tú igual que nosotros? ¡Muy generoso te volviste!

—Bueno. —Finge vacilar. Lo hace mal—. Yo percibiré el doble. A mi cargo corre abrir una caja de caudales y apoderarme de…

—¿Del dinero? —intervengo.

—No. De unos papeles que lo valen. Es aquí cerca, en Filadelfia, al otro lado de la ciudad. La bordearemos sin entrar. Hay dos golpes

más en días sucesivos, con el mismo dinero.

—¿No es pronto para jugárnosla?

—¡Debe hacerse! Me lo han…

—¿Ordenado, Wallace?

—Hasta cierto punto, sí. El que me paga se impacienta y es peligroso que ello suceda. ¿Accedes?

—¡No faltaba más! Por diez mil pavos soy capaz de cargarme a media docena de prójimos. ¿Cuál es el plan?

—Los detalles me los comunicarán por teléfono. Es la costumbre.

Puede que lo que acaba de decir sea cierto y me asalta una idea.

—De acuerdo. Te estábamos esperando. ¿Amigos o enemigos, Coburn? Reconozco que me pasé de la raya. Tú me provocaste. Los dos tuvimos iguales oportunidades.

Vacila. Su voz suena ronca al responderme.

—¡Prefiero no recordarlo! Una vez que obtengas ese dinero me agradará que te largues. ¡No es grata tu presencia!

—Así me gusta, rapaz —me burlo—. Veo que no tienes pelos en la lengua. Voy a acostarme. ¡Ah! Inutilicé el micro de la alcoba. No me gustan los «chivatos», ni aún los técnicos.

Me pongo en pie y, con el cigarro en los labios, abandono el *living* dando la espalda a mi enemigo, en un alarde de valor.

Nadie me agujerea por detrás y respiro con alivio al llegar al rellano superior de la escalera.

Sé lo que mañana va a suceder.

En el supuesto de que lo del golpe sea cierto, no saldré vivo del lugar del asalto.

Eso es lo que piensa, Coburn y…

Y lo que quizá suceda. No se puede tentar a la suerte con la prodigalidad con que yo lo vengo haciendo desde que juré fidelidad, bravura e integridad ante Hoover, en Washington.

La cama está revuelta, como debe ser después de mi charla filosófica con Linda, y me desnudo despacio, meditativo.

Atranco la puerta y la ventana y apago la luz.

Tendido en el lecho, percibo aún el olor a perfume de los cabellos de la amiga íntima de Wallace; y fumo, con ávidas aspiraciones.

La brasa de la lumbre es una luciérnaga en la oscuridad.

La muerte me acecha en el futuro.

Y el futuro es mañana…

CAPÍTULO VIII

Por el camino recibo la información. Vamos a penetrar en uno de los talleres del Ejército, en la sala de ingenieros, y a apoderarnos de unos planos secretos que se guardan en la caja fuerte. ¿El emplazamiento? Al sur de la ciudad, junto al Delaware, más allá del barrio judío e italiano.

Así de sencillo y de terrible para la seguridad de mi patria.

No habrá serias dificultades.

Los centinelas militares recorren los talleres en evitación de posibles actos de sabotaje. Las oficinas están protegidas por un sistema de alarma, que desconectaremos. Los dos serenos no aparecerán por donde nosotros vamos a operar. Un puñado de billetes a cada uno y amenazas de muerte a sus familiares les convenció de que debían de hallarse a una hora determinada en el otro extremo de las inmensas naves.

La vigilancia es de tiempos de paz, lo que equivale a decir descuidada, sin tensión.

Es necesario siempre un clima de peligro para que todos se esmeren en el cumplimiento de su deber. La paz adocena a los hombres.

Por eso yo, con mi carrera flamante de abogado, con un inmenso porvenir en el mundo jurídico, según me auguraron mis profesores tiré por la calle del centro para convertirme en un federal, fanático del cumplimiento del deber.

No quise ser, más o menos tarde, un gordo jurisconsulto con la cabeza y los músculos saturados de leyes y de grasa.

Coburn franquea una reja metálica y atravesamos uno de los patios en sombras.

Hallamos en un largo pasillo, a cuyos lados hay varias puertas,

es un juego de niños.

Wallace y Stelven, portan linternas, con las que iluminan el camino.

—Es la segunda a la derecha.

Entramos en una amplia oficina. Al fondo, una cristalera y más allá un lujoso despacho, sin duda el del ingeniero jefe.

Por todas partes hay mesas de dibujo, archivadores, lámparas portátiles. Nos hallamos, en efecto, en el gabinete de estudio y planificación de una gran fábrica.

—Quedaos aquí vosotros dos. Si alguien se presentara, lo que no creo, liquidadle sin ruido. Un disparo atraería sobre nosotros a toda la guarnición exterior.

La orden, dirigida a Tobías y a Simón, es obedecida. Ambos se sitúan estratégicamente, a ambos lados del acceso que acabamos de franquear.

Wallace y yo abrimos la puerta encristalada y nos dirigimos en línea recta a una caja de caudales en vertical.

—Sostén la linterna —me dice Coburn—. Es un modelo antiguo. Me llevará unos minutos de trabajo.

Hago lo que se me indica y veo cómo Wallace extrae de uno de los bolsillos de la americana una especie de fonendoscopio, que se acopla a los oídos. Apoya el extremo al disco numerado que hay junto a la cerradura y lo hace girar muy despacio.

Le observo.

Se ha olvidado de todo. «Destripacajas de caudales» es un artista. Vale, en esto, más de lo que yo esperaba.

Frota las yemas de los dedos en las solapas de su americana, para sensibilizarlas, y reanuda su tarea.

Por las contracciones de su rostro sigo el curso de su labor. Antes de que hable sé que lo ha conseguido.

—¡Ya está! Ahora falta forzar la cerradura.

Saca un manojo de ganzúas, de todos los tamaños. Mientras las va probando, le digo:

—Espionaje industrial, ¿no?

—Sí.

Chasqueo la lengua, sonoramente.

—Es peligroso. ¿Cómo entraste en ello?

—Por pura casualidad. Al forzar la caja de un particular

encontré en su interior, además de billetes y joyas, unos planos que me llamaron la atención porque llevaban el sello del Departamento de Estado. Me los llevé también, guardándolos cuidadosamente. Supe después que el domicilio que asalté era el de un general del ejército de aire. Una tarde se presentó un hombre en casa. Me dijo que le interesaban esos papeles y que estaba dispuesto a pagar cien mil dólares por ellos. Llevaba los billetes encima. Al interrogarle sobre la pista que le condujo hasta mí repuso que había ido visitando uno por uno a todos los que en Filadelfia se dedicaban a robar cajas fuertes. Me mostró papeles que le comprometían en extremo y que me garantizaron que no era un echadizo del FBI y pacté con él. Después hubo nuevos contactos y nuevos trabajos. En uno de ellos me cogieron. Nadie sospechó que buscaba algo más que el dinero. El fiscal me consideró un pobre diablo, pero la condena fue larga porque herí gravemente a un hombre antes de que me detuvieran.

—¿No sabes para qué país trabajas?

Coburn me mira con fijeza.

—¡Eso no me importa mientras se me pague en dólares americanos! ¡Ya está!

Mientras hablaba, Wallace no cesó de hurgar con las ganzúas. El «clik» es seco y la puerta de la caja se abre.

—Guarda tú el dinero, Baker. Debe haber quinientos o seiscientos dólares. Toma.

Me entrega un cestillo con billetes y veo cómo saca varias carpetas, que examina, extrayendo de ellas documentos y planos. El que le paga le dijo claramente lo que deseaba.

Hace un rollo con lo sustraído y cierra el arca de nuevo, comentando:

—Tal vez tarden en descubrir que alguien estuvo aquí esta noche. Vámonos ya.

Mi hora se acerca. Le pregunto:

—¿Necesitabas a los cuatro para un trabajo tan sencillo y bien planeado?

—No puede predecirse nunca cuándo surgirán las dificultades.

A partir de este momento, Banegat y yo somos los «pichones». ¿Desde qué ángulo nos dispararán los cazadores?

Salimos y, sin dificultades, montamos en el coche. Stelven

respira con alivio al poner el vehículo en marcha.

—¿A casa, Wallace?

—Sí.

Banegat va junto a Tobías. Yo me he sentado atrás, a la izquierda de Coburn.

¿Y si no hubieran pensado en asesinarnos?

Desecho la idea.

Todos callan y yo pienso en el motivo de la vigilancia a que la Metropolitana sometió a Filadelfia, que bordeamos. Ernest Raisner fue capturado al hacer una de las suyas. Una menor de edad, sorprendida por el sátiro en un oscuro callejón, pudo gritar al verse atacada. Dos policías intervinieron a tiempo.

Eso sucedió una hora antes de que yo hablase con Vincent Lubbok. Sin duda, el inspector lo ignoraba.

Oímos la noticia por la radio. También detuvieron a una mujer ya madura que tuvo oculto en su casa a Raisner hasta que, incapaz de contenerse, salió a la calle en busca de una presa joven.

El automóvil llega sin tropiezos al chalet, completamente a oscuras.

—Le dije a Linda que volveríamos tarde —me explica Coburn, apeándose el primero.

—¿Cómo entregarás los documentos?

—Mañana vendrán por ellos.

Finjo creérmelo.

Stelven va a guardar el vehículo al garaje y Wallace, Banegat y yo entramos en la casa. No hemos hecho más que cerrar a nuestra espalda cuando se encienden las luces del *hall* que enlazan con el *living* y…

Dos individuos nos encañonan con metralletas.

Pese a que mi diestra empuña la automática en el bolsillo de la americana, comprendo que es suicida resistir y levanto los brazos. Digo, tranquila la voz:

—Debí haberlo previsto. Imítame, Simón. ¡Tienes madera de traidor, Coburn! ¡No vivirás mucho!

—Veremos —es la seca respuesta—. ¡Pasad al *living*!

Conforme caminamos, nos arrebata a Banegat y a mi las armas. Vuelve a ordenarnos, más seguro que antes:

—¡Sentaos en el diván, con las manos sobre las rodillas! ¡Rápido,

o empiezo los fuegos artificiales!

Empuña el «38» que yo le quité para entregárselo a Banegat.

—Tú ganas, por ahora.

—Después, también. Os liquidaremos en el sótano si es que no nos obligáis a hacerlo aquí. No creo que se oigan las detonaciones. La zona habitada más próximas está a casi dos millas y todos duermen. ¿Se te quitaron; las ganas de fanfarronear, Baker?

—No. Voy a hacerlo ahora mismo. —Me encaro con los dos silenciosos hombres que portan las metralletas—. Imagino vuestra identidad, amigos. Apenas empiece a hablar, Coburn disparará sobre mí. Pretenderá impedir que descubra su traición. ¿Me aseguráis que viviré quince minutos, hasta que acabe?

Wallace se anticipa a la posible respuesta de sus cómplices.

—No haré fuego.

Uno de los desconocidos apostilla.

—¡Considéralo una orden! Queremos oírle. Si sólo pretende ganar tiempo…

Curva el dedo en el gatillo del arma, en una muda amenaza. Yo presiono con mi rodilla la de Banegat, «para que esté prevenido», y empiezo:

—Por lo pronto os diré que todas las conversaciones que sostuvisteis con Coburn están grabadas en el sótano. Encontraréis allí cintas magnetofónicas. El teléfono conecta a un aparato. Quizá lo haya quitado del sótano y escondido en una habitación pero os aseguro que es verdad. Comprobad el cable. Dentro de la funda hay otro, muy fino, que se percibe al tacto.

Advierto que Wallace palidece. Noto cómo afianza el arma y exclamo:

—¡Cuidado! ¡Va a asesinarme para que no continúe!

Una de las metralletas encañona a «destripacajas de caudales».

—No lo hará, si estima su vida. Sigue.

—Voy a desviar un poco el tema aprovechando que Stelven entra. Coburn fue un traidor hasta con sus amigos. En el combate en el que «matahombres» se jugaba su porvenir inventó la amenaza de un grupo de *gangsters para* obligarle a perder la pelea. Apostó todo su dinero, incluso lo que pidió a sus amigos. Más de doscientos mil dólares. Nadie dudaba del triunfo de Tobías. Las ofertas contra él, que no realizó directamente, sino a través de un testaferro, eran de

cuatro a uno. ¡Se embolsó una verdadera fortuna!

Me muevo en el terreno de las hipótesis, pero me consta que digo la verdad.

Wallace parece un cadáver. Stelven aprieta los puños.

—¡Mientes! —grita Coburn.

—Será fácil comprobarlo. En la caja fuerte del sótano guardas, sin duda, el dinero o los talonarios de cheques de los Bancos. Veamos qué pasó en esas fechas, de qué forma se incrementó tu fortuna. Jugó contigo, Tobías, deshizo tu carrera y te convirtió en su esclavo por unos billetes. ¡Adelante, Linda! No te quedes en el rellano. Ésta es una reunión amistosa. ¿Oíste lo que dije?

—Sí, y es verdad. El magnetófono y las cintas están en mi alcoba.

—¡Maldito tramposo!

Stelven, antes de que nadie pueda evitarlo, ha esgrimido su revólver y hecho fuego contra Coburn, que se desploma como un guiñapo.

Intuyo que las metralletas van a entrar en acción y clavo los talones sobre la alfombra, empujando con violencia hacia atrás.

Banegat, que ha intuido mis propósitos, me imita, y una fracción de segundo antes de que se oiga el trágico «tac-tac-tac», mensajero de muerte, a los dos nos oculta el diván, volcado patas arriba.

Sin moverme, oigo cristales que se rompen y nuevos disparos, que identifico como de revólveres «Colt».

Por un par de minutos, el infierno se desencadena en el *living.*

Lentamente, se hace el silencio y oigo una voz conocida:

—¡Ya pu… edes salir, Robert! ¡Todo acabó!

Me pongo en pie y, no sin tristeza, veo que las balas no respetaron a ninguno de los que estaban en la habitación. Linda, Stelven, Coburn y los dos individuos que me tendieron la encerrona, están en el suelo, en trágicas posturas. ¡Han muerto!

Contemplo a mis camaradas federales. Son Vincent Lubbok, mi jefe directo, y los miembros de mi grupo, Jimmy Petermann, antiguo preso en Trenton, y Hodgkin Trintignant. Sus revólveres, y la sorpresa, obraron el milagro de acabar con los enemigos.

—A la chica la mataron de una ráfaga antes de que pudiéramos evitarlo. ¡Era su vida o la tuya y no podíamos andarnos con contemplaciones!

Bendigo la precaución de haberme puesto en contacto telefónico con Lubbok la noche anterior.

—No advertí que nos seguíais. Temí que hubierais perdido la pista.

Petermann bromea:

—Aunque no somos tan genios como tú sabemos nuestro oficio. No os perdimos de vista ni un momento.

Me vuelvo a Banegat.

—¡Levántate, Simón! Mis amigos y yo te ayudaremos a…

Me agacho. Un proyectil ha atravesado la cabeza de «el Pastor». Sin duda la bala pasó a través de la tapicería del diván.

Vuelvo a incorporarme, tenso el rostro.

—¡Mala suerte!

—Buena, diría yo, Robert. ¿Te has vuelto un sentimental?

—Me repugna la violencia. ¿Oísteis lo que dije para ganar tiempo?

—Sí. A través de una de las ventanas.

—Buscad también una llave, oculta no sé dónde. Pertenece a una caja de alquiler de un Banco. Allí hay cien mil dólares. Revolvedlo todo. Lamento que las circunstancias me hayan impedido llegar más lejos en las investigaciones. Wallace lo puso imposible.

—¡Nunca hubiéramos conseguido algo igual sin ti, Baker! —Reconoce mi jefe—. Era necesario que te metieras en la cárcel con Coburn y que te unieses a él. ¿Dónde vas?

—A llamar a una rubia por teléfono, a Nancy, a beberme una botella de *whisky* y a olvidarme, como sea, de todo eso.

Señalo los muertos y salgo despacio. Jimmy Petermann se me une.

—Te llevaré en mi coche. Conviene que la Metropolitana sepa la verdad. ¡Sería trágico que te cazaran de un tiro por la espalda confundiéndote aún con un malhechor!

—De acuerdo, Jimmy. Tal vez prescinda de la rubia y prefiera tu compañía. ¡Beberemos juntos hasta hartarnos!

—Como quieras, genio. Tú mandas.

Sonrío.

Acaba de ocurrírseme una idea.

Habrá dos rubias y más *whisky*. Nancy tenía una amiga para

Petermann.

La tragedia terminó. Ya no seré más un angelito negro.

Me falta, sin embargo, una cosa por hacer.

La dejaré para mañana…

CAPÍTULO IX

Richard Sangiusto se pone en pie al verme. Me invita, cortésmente:

—Siéntese, señor Baker. Le agradezco su visita. Deseo presentarle mis disculpas y…

Le interrumpo, seco:

—¡No me lama los zapatos, don úlcera de duodeno! Vine a traerle personalmente este oficio del gobernador. Le ahorraré que lo lea. Se le suspende en el empleo y se abre una investigación. Yo seré el primer testigo de cargo contra usted. También se le ordena que comunique a Leo Sanderson y a Frederick Clark que comparecerán ante un tribunal para responder de sus brutalidades. Confío en verle entre rejas junto a sus hombres de confianza. En el mejor de los casos, se quedará en la calle. Cuando tenga hambre cometa un delito y disfrute del rancho de esta cárcel.

—Pero…

—¡Adiós! ¡Rezo aún porque la úlcera se le perfore!

No sabe qué decirme. Permanezco unos minutos cara a Sangiusto y, después, abandono el despacho.

Me satisface haberle puesto las orejas calientes a un déspota.

Como debe ser…

FIN



Alar Benet nació en Madrid, España en 1923.

Pseudónimo utilizado por Juan Alarcón Benito, prolífico escritor en toda clase de géneros con publicaciones editadas desde los años 50 hasta finales del pasado siglo.

Otros pseudónimos utilizados: Andrea Melotti, Fatt Rowner, John Strong, July Bungler, Magda de Medrano y John A. Lakewood.

Así mismo fue uno de los dos guionistas de la celebrada serie de Televisión Española emitida entre 1971 y 1974 titulada «Crónicas de un pueblo» en la que se narra la vida cotidiana de un pueblo tipo de España en el tardofranquismo. Ésta fue la primera serie dirigida por Antonio Mercero en TVE.

En la biblioteca nacional de España consta como autor de 564 obras y como partícipe de otras 71.